

LA ESPOLETA

CLARK CARRADOS

LA ESPOLETA

Colección ESPACIO

LA ESPOLETA

POR

Clark Carrados



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

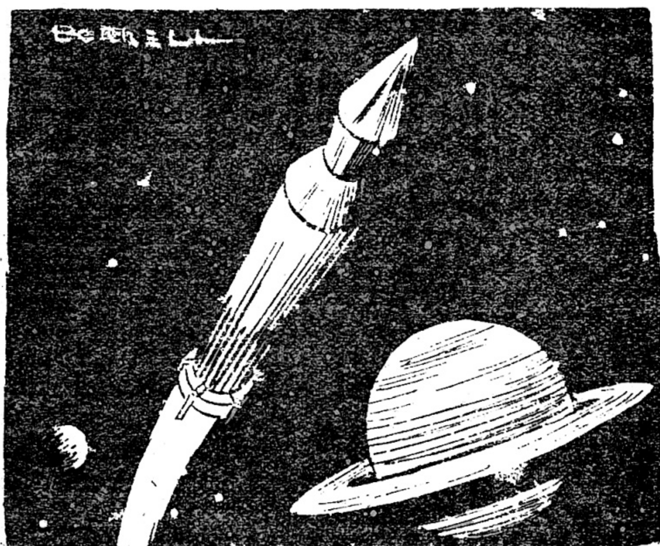
Depósito legal: B. 9505 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA. — Pasaje de Núria, 8. — BARCELONA

LA ESPOLETA



CAPÍTULO PRIMERO



UQUESA, ¿conoce usted la Biblia?

El hombre que había hablado estaba cómodamente reclinado sobre un lujoso diván y toda su atención parecía concentrada en la elección del mejor grano de uva. A pesar de su postura se le veía grueso, casi adiposo; pero muy pocos sabían que aquélla no era más que una máscara física con la cual disimulaba la poderosa fuerza de sus músculos. Tenía el rostro redondo y sabía adoptar muy bien la expresión de un imbécil. Pero sus ojos desmentían la apariencia externa, pese a que él trataba de apagar su brillo casi de continuo.

Frente a él, sentada en un sillón de medio respaldo, erecta, había una mujer. Entre la mujer y el hombre, una mesa baja, enorme, de resplandeciente tablero, sobre la que se veían frutas y alimentos de todas clases.

La mujer tenía los cabellos azules y los ojos claros. Su tez era blanca, pero no pálida y su rostro, aun en aquellos momentos de seriedad, resultaba

sumamente atractivo. Vestía una larga túnica que ocultaba a medias los bien formados encantos de su joven cuerpo y sus pies estaban calzados con unas cómodas sandalias de tejido de oro.

Tenía los cabellos sujetos por una cinta de piedras preciosas, que se reunían en un costoso rubí que le caía en el centro de la frente. El rubí, según incidieran las suaves luces de la estancia, arrojaba cegadores destellos que parecían de sangre.

—Vuestra Excelencia se refiere sin duda al libro sagrado de los terrestres —dijo ella.

Asintió.

—Así es, duquesa.

—Lo he leído, Excelencia, aunque no comprendo qué relación puede tener ese libro con la llamada de que he sido objeto.

Dhagón, Gran Señor del 9. ° Sistema Planetario del Sistema Estelar de Antares, buscó otro grano de uva, que paladeó golosamente.

—Tengo informes de que es usted una gran patriota, duquesa Vayra.

—Es un sentimiento con el que me honro y acerca del cual nadie puede oponer la menor duda ni reparo.

Dhagón asintió.

—Lo sé. Mis informadores han acertado al señalarme usted como la persona más indicada para la misión que he de encomendaros.

Vayra alzó las cejas.

—¿Misión? No os entiendo, Excelencia.

Dhagón rió blandamente.

—Nadie puede poner en duda su patriotismo, duquesa. Por lo mismo, seríais una de las personas que más se alegrase de ver a su pueblo libre de la tiranía que pesa sobre él, ¿no es así?

—Ciertamente, Excelencia.

—No necesito repetiros cosas que ya son sabidas. Nuestro Sistema, el 9. °, está tiranizado por el 5. °. Y como el nuestro, los otros once sistemas del Sistema Estelar de Antares. Pero nosotros gozamos de mucha menos libertad que los demás y, por contra, abonamos un tributo superior al emperador Sharyk. Por último, nuestro pueblo está clasificado como de Clase 4. a-C.

Los ojos de Dhagón brillaron con rabia infinita.

—¡Clase 4. a-C! —repitió con furor en los labios y el corazón—. Cuando nosotros, antaño, fuimos los más poderosos y civilizados. ¡Malditos todos los

Sharykianos!

Vayra no dijo nada. Pero su seno se agitó perceptiblemente. El acceso de ira de Dhagón pasó pronto. Sonrió estúpidamente al mirar a la joven.

—Excúseme, duquesa; no lo pude remediar. ¿De qué estábamos hablando?

—De varias cosas, Excelencia. Pero habíamos empezado por la Biblia.

—¡Ah, sí, la Biblia! —dijo descuidadamente Dhagón—. Dijo que la había leído, duquesa.

—En efecto, pero ahora no recuerdo detalles que...

Dhagón movió una mano. De debajo de uno de los cojines del diván sacó un libro y lo abrió por una señal que en él tenía marcada.

—Lea, duquesa. Es el Libro de los Jueces, capítulo decimosexto.

Ella asintió con breve parpadeo. Bajó la vista, pero a los pocos momentos cerró el libro con violencia.

—Conozco la historia de Sansón y Dalila, Excelencia. No se me alcanza, sin embargo, qué relación tengo yo con aquella mujer que...

—Y con las otras mujeres fuertes de que habla la Biblia, duquesa —dijo Dhagón, relampagueándole los ojos—. Tenéis mucha relación con esas «mujeres fuertes». Débora venció al general Sisara, enemigo del pueblo judío. Judith mató a Holofernes. Esther...

—¡Basta! Os he comprendido, Excelencia —dijo ella, con el seno agitado y el rostro muy pálido—. Pretendéis unir la fortaleza de Débora y la virtud de Judith, los artificios de Dalila y el amor de Esther, todo en una sola persona: yo.

—Justamente, duquesa — contestó él, con suave acento.

—¿Es este el único medio que habéis hallado para derrotar a Sharyk? —dijo Vayra con desdén.

—Todos los medios son buenos cuando el fin es bueno — se justificó él capciosamente—. Y en este caso, nuestro fin, la independencia de nuestro 9. ° Sistema, no puede ser mejor.

—Os creía más valiente y más capacitado para enfrentaros con Sharyk, que no enviando contra éste a una débil mujer.

—De débil tiene usted muy poco, duquesa. De mujer... Bien, tengo entendido que no la hay más bella en todo nuestro Sistema Estelar.

—¿Y queréis que yo... que yo...? — preguntó ella con horror, lívidos los habitualmente rojos labios.

Dhagón asintió.

—Sí. Usted. Usted — repitió — conseguirá de Sharyk lo que ninguno de nosotros ha conseguido hasta ahora.

—¿Piensa vuestra Excelencia —dijo ella desdeñosamente—, que Sharyk es hombre impresionable a los encantos de las mujeres, y más tratándose de un asunto de tan vital importancia como éste?

—Eso ya queda de su cuenta, duquesa Vayra — repuso Dhagón sin inmutarse.

—Entonces, vuestra valentía y fortaleza reside sólo en las informaciones y elogios oficiales que se os tributan, Excelencia —dijo Vayra mordazmente.

Los ojos de Dhagón chispearon, pero su fulgor se apagó rápidamente.

—Es estúpido luchar cara a cara contra un hombre que es superior en todo. No. Cada uno ataca y pelea con las armas de que dispone. El león, con garras y colmillos. La serpiente, con su ponzoña...

—Y vos, conmigo.

Dhagón se echó a reír.

—Celebra que lo vaya comprendiendo, duquesa. Si, usted será mi arma. ¿De qué serviría que fuera yo a enfrentarme y retar en duelo a Sharyk? ¿Serviría para algo también enviar a mi flota de astronaves de guerra? Antes de que yo hubiera movido un dedo, todos estaríamos muertos, sin necesidad de que Sharyk levantase la vista del libro que estuviera leyendo en aquellos momentos. Y conmigo, todos los millones de personas que viven en el 9. ° Sistema.

—No comprendo — murmuró ella—. ¿Cómo puede ser eso? ¿Cómo puede un hombre, sin moverse de su sitio, destruir todo un sistema planetario?

Dhagón ahogó un principio de bostezo.

—¿Ha oído usted hablar, en alguna ocasión, de las estrellas «novas»? Por supuesto que sí; eso figura en los tratados más elementales de Astronomía y usted es una mujer culta, duquesa.

—Cada vez encuentro más incomprensible esta conversación, Excelencia —dijo ella con no fingido enojo.

—Es usted impaciente, duquesa. No quiero explicarle nada acerca de la formación de las «novas». Solamente recordarle que nuestro sistema está alumbrado por la estrella Delta, de la constelación del Escorpión, a la cual pertenecemos nosotros y los once sistemas restantes. ¿Puede usted imaginarse lo que ocurriría en el nuestro, si Delta se convirtiese súbitamente en una estrella «nova»?

—¿Existe algún peligro inmediato de ello? — repreguntó Vayra.

—Natural, no; pero sí artificial.

—¿Artificial? Oh, eso es absurdo, Excelencia. No hay ser humano que pueda convertir en «nova» una estrella.

—Ese ser humano existe —dijo con duro acento Dhagón—. Y se llama Sharyk.

—Es la primera noticia que tengo de ella, Excelencia. Pero, de todas formas, sigue pareciéndome muy fuerte que un hombre pueda...

Dhagón levantó la mano.

—Escúcheme un momento, duquesa. La formación de una «nova» no es más que una transformación nuclear de grandísimo tamaño. Las estrellas recogen su energía, —luz y calor—, de las transformaciones nucleares de su interior. Ahora bien, tales transformaciones comportan la conversión de hidrógeno en helio. De dos maneras: una directa, dos hidrógenos y dos neutrones combinándose para formar un átomo de helio.

»La segunda es indirecta, con distintas fases, pero con el mismo resultado final. Pero en ésta toman parte los núcleos de carbono. En determinado número. Bien, ¿qué sucedería ahora si la cantidad de carbono fuese sobrepasada? Sencillamente, la radiación de la estrella, nuestra Delta en el presente caso, quedaría afectada. Las capas exteriores cederían, repentinamente, ante una inimaginable presión y entonces se produciría la «nova». Una nueva luminaria en el espacio, de proporciones inconmensurables, que abrasaría en pocas horas todo nuestro sistema.

Vayra asintió.

—Conozco todo eso, Excelencia; pero no veo cómo Sharyk puede provocar la «novación» de Delta.

Dhagón tomó un nuevo grano de uva.

—A ello voy, duquesa. En torno a Delta, girando continuamente alrededor de nuestra estrella, hay un sinnúmero de satélites artificiales, que no son otra cosa que proyectiles cargados de carbono. Esos proyectiles pueden, en un momento dado, ser disparados contra la estrella. La proporción de carbono aumentaría y...

—¿Disparados contra Delta? ¿Y de qué manera?

—El telecomando es un juego de niños, duquesa — sonrió blandamente Dhagón.

—¿Quiere vuestra Excelencia decirme que Sharyk puede disparar esos proyectiles desde su palacio?

—No solamente desde su palacio, sino desde el lugar en que se encuentre, sea éste cual fuere.

Vayra abandonó su rígida actitud. La cosa empezaba a interesarla.

—De todas formas, estamos a varios años luz de distancia del Quinto Sistema. Las ondas de radio...

—... viajarían por el subespacio, duquesa. Esto no es obstáculo alguno.

—¿Entonces?...

—Sharyk lleva pendiente del cuello un medallón. Muy bonito, muy aparatoso y que, además, es la insignia de su Imperio. Pero en realidad, y es cosa que muy pocos saben, el medallón es la llave que movería los mecanismos automáticos de las bombas de carbono que rodean nuestra estrella.

—Veo que estáis muy enterado de todo, Excelencia.

—Tengo algunos buenos amigos en Sharykia, duquesa.

—Muy buenos deben ser cuando os han comunicado algo que, me imagino, debe ser muy secreto.

—Lo son, duquesa. De lo contrario, ¿de qué me serviría tenerlos por amigos?

Ella asintió, mordiéndose el labio inferior.

—De todas formas, opino que vuestro plan de liberar al sistema de la amenaza de Delta «novada», podría ejecutarse sin ningún riesgo. Y sin necesidad también, dicho sea con los debidos respetos, de molestarme a mí.

—¿Cómo lo haría usted, duquesa?

—Destruyendo satélites-bombas con unos cuantos torpedos bien...

Dhagón se echó a reír.

—¡Qué ingenua es usted! ¿Cree acaso que Sharyk no ha previsto tal caso? En el momento en que uno de esos satélites resultase destruido, los demás se precipitarían sobre Delta a velocidades lumínicas, con el resultado de que dos o tres minutos después de que uno de dichos artefactos hubiese sido destrozado, los demás estarían actuando de modo tan seguro como mortífero.

»Además, y esto es lo importante, no nos podemos acercar a dichas bombas para intentar desarmarlas a mano. Están demasiado cerca de Delta, protegidas por un costoso sistema de refrigeración. La nave que enviásemos con especialistas ardería antes de llegar a ellas siquiera.

—En resumen — sintetizó Vayra—, que la única solución es que yo vaya y arrebate el medallón a Sharyk.

—Justamente, duquesa.

—Puede existir un duplicado, Excelencia, y en tal caso mi labor habría resultado inútil.

—No hay duplicado. De ello me he cerciorado yo.

—De modo que, si consigo traerme el medallón, Sharyk quedará desarmado.

—Así es; y entonces nosotros proclamaremos la independencia del Noveno Sistema. ¿No lo desea usted también, duquesa?

—Con todo mi corazón, Excelencia — repuso Vayra fervientemente—. Anhelo liberar a nuestro pueblo de la opresión que viene sufriendo desde hace siglos y daría cualquier cosa por...

—Lo daréis, duquesa —dijo Dhagón, sonriendo de una manera indescriptible.

Vayra no pudo por menos de estremecerse. Desvió su mirada de la de Dhagón.

—Sin embargo —dijo—, me parece que un medallón, por muy grande que sea, no debe tener —porque me supongo que se trata de una emisora, ¿no?—, la suficiente potencia como para emitir ondas que puedan llegar desde Sharykia hasta aquí.

—Desde luego que no. Pero sí lo bastante, para influenciar una estación de radio subespacial, que es la que transmitiría a los controles electrónicos de los cohetes la orden de lanzarse contra Delta. Usted me traerá ese medallón, sin el cual Sharyk queda tan indefenso como un recién nacido en una selva virgen. Abandonado... El resto... queda de mi cuenta, duquesa.

Ella asintió.

—De modo que yo tengo que ser una de esas mujeres fuertes que nombra la Biblia. ¿He de matar también a Sharyk?

—¡Por el Gran Espacio que no! — exclamó impetuosamente Dhagón— Ese placer es algo que me reservo para mí mismo. Su tarea, duquesa, se reduce únicamente a apoderarse del medallón. El resto no le incumbe.

Vayra se estremeció al ver la sonrisa que se reflejaba en el rostro de Dhagón.

—Supongo que no tengo otro remedio que plegarme a vuestros deseos, Excelencia —dijo.

—Son los deseos de millones de patriotas que gimen bajo la opresión de Sharyk, duquesa.

—Pero también podría negarme, Excelencia. Creo que hay algo que habla

de la libertad humana. Es una misión muy peligrosa y si Sharyk me descubriera, me haría matar.

—Una suerte muy desoladora, duquesa. Pero que está en vuestras manos poder evitar.

—Supongamos que rechazo tal... honor.

—Oh, no haréis tal cosa, duquesa.

—Muy seguro estáis de ello, Excelencia.

Dhagón volvió a sonreír.

Miró unos segundos fijamente a la joven y luego, alargando el brazo, tocó un interruptor.

El interruptor pertenecía a un televisor, cuya pantalla se iluminó instantáneamente.

Un hombre y una mujer, ricamente vestidos, de noble aspecto y mediana edad, aparecieron en una habitación lujosamente amueblada. Estaban sentados, pero la expresión de sus rostros distaba mucho de ser tranquila. Miraban a derecha e izquierda, aprensivamente, y tenían las manos enlazadas, aunque no hablaban.

Vayra se puso en pie inmediatamente.

—¿Por qué los trajo hasta aquí? — exclamó muy enojada.

—Sus padres, duquesa, serán mis huéspedes de honor, en tanto usted se encuentra en Sharykia. Cuando haya regresado con el medallón, darán por terminada su estancia en mi palacio.

Vayra miró airadamente a Dhagón.

—Eso es una coacción intolerable, Excelencia.

—No, no, no. Repito que sus padres, duquesa, no tienen nada que temer de mí. Serán mis huéspedes.

—Sus prisioneros, mejor dicho.

Dhagón se encogió de hombros.

—Veo que discrepamos, duquesa. ¿Puedo preguntaros si aceptáis la misión que os he confiado?

Vayra respiró profundamente, en tanto miraba la pantalla.

—Sí—dijo al fin, muy abatida interiormente, pues amaba entrañablemente a sus padres.

Cuando Dhagón hubo desconectado el televisor, apretó otro botón y murmuró una orden colocando los labios frente a un cercano micrófono.

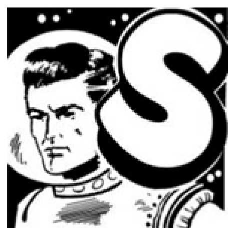
—Que venga el coronel Brondar.

El nombrado se presentó un minuto más tarde. Permaneció en pie, erguido, rígido, con la vista al frente.

—Brondar —dijo Dhagón al fin—, tengo que encargaros una misión. La duquesa Vayra sale para Sharykia de... vacaciones. Usted será el encargado de acompañarla, ¿me entiende?

—Sí, Excelencia —contestó el coronel, sonriendo imperceptiblemente.

CAPÍTULO II



ONÓ una detonación. El eco de la misma fue un colosal rugido que se extendió bajo las copas de los árboles.

Vayra palideció. Había fallado el tiro.

Frente a ella tenía un tigre bicéfalo, una de las bestias más peligrosas de Sharykia.

El animal tenía un aspecto imponente y terrorífico. Medía más de un metro de alzada y casi cuatro desde los hocicos a la punta de la cola, que se agitaba con nerviosos estremecimientos. Sus rayas negras y amarillas eran las clásicas en tal clase de felinos, pero las dos cabezas cuyas bocas, se abrían y cerraban con siniestros chasquidos de agudos colmillos, infundían pavor.

Las cabezas estaban situadas en el extremo de sendos cuellos que eran más largos de lo normal y cada una de ellas podía morder y desgarrar con absoluta independencia de la otra.

Vayra retrocedió un par de pasos, en tanto que, con lentos movimientos trataba de recargar su rifle. No sabía si tendría tiempo.

El tigre estaba a veinte metros. Podía recorrer tal distancia en una fracción de segundo, cayendo sobre ella y destrozándola en otro segundo.

Quizá si podía poner otra bala en la recámara. Pero no estaba segura, mejor dicho, temía que el disparo no fuese lo suficientemente certero como para abatir a la fiera.

El tigre estaba herido en el lomo, de modo superficial, y la lesión le había irritado considerablemente. Lanzó un doble y atronador rugido.

Después de aquello, se lanzó al ataque. Vayra levantó precipitadamente su rifle.

Estalló una detonación. Y luego otra. El tigre se detuvo, revolcándose por el suelo, al mismo tiempo que bramaba ensordecedoramente.

Vayra abrió los ojos. Ella no había disparado. ¿Quién...?

El tigre se puso nuevamente en pie. Pero antes de que pudiera moverse un paso, otro disparo resonó. Una de las cabezas se abatió instantáneamente.

El cuarto disparo penetró en la segunda cabeza a través de la boca abierta, fulminando a la bestia. Ésta cayó inerte, sin un solo movimiento más.

Entonces fue cuando Vayra salió de su estupefacción, considerando su oportuna salvación como un milagro o poco menos.

Se volvió. Un hombre joven avanzaba hacia ella, sonriéndole, con un rifle aún humeante en la mano izquierda.

Vayra lo miró fijamente. El hombre era muy alto, casi un gigante y tenía los ojos azules y el cabello, corto y rizoso, de color negro. Vestía una simple camisa con bolsillos especiales para los cartuchos, unos arrugados pantalones de color caqui y unas fuertes botas. La camisa estaba cerrada hasta el último botón, pero en la nuca se podía ver un trozo de la cadena de oro que le rodeaba el cuello.

—Celebro haber llegado a tiempo para salvaros, señora —dijo el hombre.

—Soy yo la que debe celebrar y agradecer como es debido vuestra llegada, Majestad — y después de estas palabras, Vayra hizo una reverencia digna del mejor de los salones.

Sharyk contempló la belleza de la joven en silencio. Después dijo:

—Gracias por vuestras palabras. Y por esta feliz coyuntura que me ha permitido contemplar al natural vuestra hermosura, duquesa Vayra.

La joven enarcó las cejas.

—¿Me conocéis, señor?

—¿Y quién no? Tenéis fama de ser la mujer más bella de todo nuestro Sistema Estelar. Vuestra imagen ha sido muy difundida para que no se os pueda reconocer de inmediato.

—Vuestras palabras pecan de amabilidad, señor. Lamento haber dado lugar a este incidente que...

—Yo lo celebro, duquesa Vayra, puesto que así os he conocido personalmente. ¿Os molestaría decirme qué hacéis en Sharykia?

—Tenía curiosidad por conocer vuestro imperio, señor. Y me dije que un poco de turismo no podría hacerme ningún daño.

—En ello anduvisteis ligeramente equivocada, duquesa— sonrió Sharyk —. Por lo visto, habíais incluido en el programa de vuestra excursión la doble cabeza de uno de nuestros tigres.

—Así es, señor. Pero no lamento la pérdida del trofeo, dado que éste irá a parar a vuestros salones.

Sharyk hizo un gesto displicente.

—¡Bah! Yo ya he cazado muchos animales de esta clase. A fin de cuentas, como vos fuisteis la primera en verlo, podéis apuntároslo tranquilamente.

—Lo haré así, Majestad, siempre que me prometáis—si ello no resulta un excesivo atrevimiento—, poner vuestra firma al pie de la placa que indique los datos de la pieza cobrada.

—Con mucho gusto, duquesa. Yo mismo haré que lo disequen y os lo envíen... ¿adónde?

—Por ahora me hospedo en el hotel Starritz, Majestad.

—Pobre marco para tan gran belleza — murmuró él.

Vayra volvió a hacer una nueva reverencia.

—Seguís siendo excesivamente amable para conmigo, señor.

Por encima de sus cabezas se oyó un suave rumor. Los dos levantaron la vista al unísono.

—Aquí vienen a recogerme, duquesa —sonrió él—. Habréis de excusarme, pero me reclaman asuntos de gobierno. Son breves los momentos de asueto que tengo, pero confieso que éste ha superado a todos cuantos he disfrutado hasta ahora.

—Gracias, señor. Siempre me consideraré una mujer dichosa por poder decir que un día me salvasteis la vida.

El helicóptero aterrizó en un claro cercano. Dos hombres saltaron de él y se dirigieron hacia la pareja, pero al ver a Sharyk acompañado se detuvieron a respetuosa distancia.

Sharyk tomó la mano de la joven y la besó con singular galantería. Ella se estremeció y su seno subió y bajó rápidamente al notar el contacto de la mano del hombre.

Pero se dominó antes de que él se hubiera incorporado.

—Adiós, duquesa. De nuevo bendigo la grata casualidad que nos ha permitido conocernos.

—Adiós, señor.

Sharyk giró sobre sus talones, pero antes de emprender la marcha se volvió hacia la joven. En su atractivo rostro se dibujaba una brillante sonrisa.

—Disculpad mi olvido, duquesa. Pasado mañana doy una fiesta en palacio. ¿Os ofendería si enviara un coche a recogeros?

Ella hizo una nueva reverencia.

—Sería para mí un inmerecido honor, Majestad.

—Entonces... ¡hasta pasado mañana, a las ocho!

Vayra quedó inmóvil, en el mismo sitio, hasta que hubo visto desaparecer el helicóptero por encima de las copas de los árboles. Entonces, sintió que unas matas se agitaban a espaldas suyas.

Se volvió rápidamente, apoyando el rifle, en la cadera.

—Aparte esa rifle, duquesa — gruñó el coronel Brondar—. ¿Me ha tomado por un bicho de ésos?

Brondar llevaba en la mano una pistola desintegrante que metió en su funda, abrochando luego la tapa de ésta. Levantó la vista y sonrió de un modo desagradable.

—Bueno, de modo que las cosas van saliendo como esperábamos, ¿eh?

Ella frunció el ceño.

—No será porque usted no haya puesto de su parte todos los posibles para que el tigre me devorase, coronel.

—¡Bah! Estaba seguro de que el Emperador aparecería en el momento oportuno. De todas formas, tenía tiempo de sobra y con este artefacto —dijo, palmeándose la funda de la pistola—, hubiera convertido en humo al tigre. No sé por qué — añadió, con un bufido de desdén — ha de tener tanto mérito cazar un tigre bicéfalo con balas antiguas de pólvora.

—Precisamente por eso mismo se viene a cazarlos; de lo contrario, ¿dónde colgaría usted el trofeo? ¿Dentro de una campana de cristal... en la cual se vería un poco de humo obscuro, que sería todo lo que quedase del tigre?

Brondar hizo caso omiso de la mordacidad de la joven.

—Lo importante es —dijo, mirando hacia lo lejos— que el pez ha mordido el anzuelo y que el primer paso se ha dado con firmeza. ¿Se dio cuenta, duquesa, de que el Emperador lleva colgando el medallón del cuello? No se lo quita ni para dormir.

—Es lógico — murmuró ella—. Yo también lo haría así.

—¿Eh? ¿Qué? — se sobresaltó Brondar.

—Dispénseme, hablaba sola — cortó Vayra con sequedad—. ¿Dónde está nuestro helicóptero?

—A cien metros de aquí, duquesa.

—Bien, entonces, vámonos. Ya hemos terminado aquí todo lo que teníamos que hacer.

* * *

El salón era grande pero, en comparación con el gigantesco palacio donde residía Sharyk, resultaba pequeño. No obstante, cabían en él un centenar de personas con toda comodidad y tal era, más o menos, el número de los asistentes a la fiesta que daba el Emperador.

Vayra llegó apenas un minuto antes de que Sharyk hiciera acto de presencia en el comedor; un chambelán golpeó el suelo con la vara y anunció:

—Su Excelencia la duquesa Vayra de Dhagonia.

Todos los rostros, a una, se volvieron hacia la joven. La belleza de Vayra era famosa y posiblemente ninguno de los allí presentes había tenido ocasión de ser testigos oculares de ello.

Vayra se detuvo unos instantes bajo el dintel de la gran puerta de acceso al comedor. Vestía un ajustado traje que realzaba notablemente sus esculturales formas, de color blanco, de donde emergían los hombros desnudos, sobre los cuales descansaba un pesado collar de gemas azules, de un tono completamente idéntico al de sus cabellos. Esto y un diminuto relojito en la muñeca izquierda eran los únicos adornos que llevaba. El pelo le caía suelto sobre los hombros en largas cascadas de brillante color azul.

Vayra vaciló. Todas aquellas personas le eran desconocidas, al menos personalmente, ya que veía algunos rostros que le eran familiares a través de los noticiarios gráficos televisados e impresos.

Pero, de repente, la puerta opuesta se abrió. Un chambelán se adelantó y golpeó tres veces el suelo.

—¡Su Majestad el Emperador!

Sharyk hizo inmediato acto de presencia. Mientras todos los presentes se inclinaban, él sonrió. Especialmente a Vayra, la cual, después de mirarle, hizo la reverencia de rigor.

Sharyk atravesó la doble fila de concurrentes, dirigiéndose rectamente hacia la muchacha.

—Me alegro infinito de veros en mi casa, duquesa.

—Vuestras palabras me honran en exceso, Majestad.

—Oh, dejémonos de circunloquios, duquesa. ¿Aceptáis mi brazo? Vamos a cenar; tengo un hambre feroz — y luego se inclinó confidencialmente hacia ella—. ¿Está bien que un hombre de mi categoría diga eso?

—Confidencia por confidencia, Majestad: yo también tengo hambre — repuso ella, en el mismo tono de voz, muy bajo.

Sharyk se echó a reír. Los dos cruzaron por entre los asistentes y se dirigieron a la cabecera de la mesa, que era completamente circular.

Sharyk sentó a su derecha a la joven y a su izquierda a un personaje importante a quien Vayra reconoció, por fotografías e informaciones, como el Secretario de Sistemas del Imperio, Sunzo. Sunzo era alto, delgado y su rostro hubiera podido tener un notable aspecto de místico ascetismo de no haber sido por el excesivo brillo de sus negros ojos y la puntiaguda barbita que exornaba su mentón, todo lo cual, en unión de unas cejas picudas que parecían un doble acento circunflejo, le concedían una expresión mefistofélica poco grata a la vista.

Los comensales se sentaron en el círculo externo de la mesa. Los criados servían desde el interior, situados en un plano ligeramente inferior. En el centro había dos plataformas que ascendían y descendían continuamente, transportando los platos necesarios para la cena.

Una suave música se expandía en el ambiente. Muchos de los ramos de flores que adornaban la gigantesca mesa eran artificiales en el interior de sus corolas había lamparitas que emitían una luz indirecta que bastaba para alumbrar, con el conjunto de todas la estancia.

Durante la cena, Sharyk y Vayra apenas si hablaron de otra cosa que de nimiedades. Fue después, al terminar, cuando él se levantó.

Efectuó los brindis de ritual; uno de los comensales le contestó, después de lo cual cada uno de los asistentes quedó en relativa libertad de hacer lo que más le acomodara.

Sharyk miró a Vayra. Ésta le devolvió la mirada.

—Parece que hace calor aquí dentro — sonrió él—. El jardín está al lado; ¿queréis verlo?

—Con gustó, Majestad.

Las conversaciones se acallaron mientras la pareja salía por una puerta lateral a la terraza próxima. Frente a ellos se extendía un gran jardín, delicadamente iluminado a trechos de modo indirecto y de tal forma que resaltaran las plantas y flores que allí se cultivaban.

La pareja continuó su camino, paseando por un enarenado sendero que se retorcía casi de continuo sobre sí mismo. Charlaron durante unos momentos sin tema aparente y, de pronto, Sharyk exclamó:

—Duquesa, ¿cuáles son vuestras convicciones políticas?

Ella se detuvo y le miró a lo profundo de los ojos.

—¿Debo contestaros con la sinceridad o con la adulación? ¿Cómo súbdito «leal» — y subrayó acentuadamente la palabra — del imperio o como una persona vulgar y común que ha tenido la suerte, o la desdicha, según se considere, de nacer en el Noveno Sistema?

Sharyk no se inmutó.

—Me desagrada profundamente la adulación, duquesa.

—Entonces debo contestaros que deseo la libertad para mi pueblo, Majestad.

El tono de la joven era concluyente. Sharyk lo advirtió.

—Estoy seguro de que daríais vuestra vida por tan noble causa, duquesa.

—No os engañáis, Majestad; así es.

Sharyk suspiró. Do pronto se volvió, apoyándose de codos en una balaustrada que dominaba un sector inferior del jardín.

—Los del Noveno Sistema han sido siempre rebeldes a la dominación central del Quinto — murmuró.

Ella se le acercó un poco.

—¿Puede el perro amar a la nube que le quita la luz del sol? Contestadme a esta pregunta, Majestad.

—No —dijo él y se volvió—. Pero nosotros no somos ninguna nube para Dhagonia, duquesa.

—Nos habéis quitado la luz de la libertad, señor.

—Del libertinaje está mejor dicho, Vayra. Perdonad— agregó él—; os he suprimido sin darme cuenta tratamiento.

Los largos cabellos de la joven se agitaron al mover ella la cabeza en sentido negativo.

—No tiene importancia, señor. Seguid llamándome de esa manera, me gusta. Estabais hablando de libertinaje al referiros a mi pueblo.

—Es un tema que me desagrada tocar.

—Vuestra obligación es afrontar los temas desagradables, señor.

Sharyk volvió a suspirar.

—Es cierto, Vayra. Y la eterna rebeldía de los dhagonianos es algo que me molesta profundamente.

—Dadles la libertad y cesarán esas molestias, señor—dijo ella, vehementemente.

—¡Imposible!

—¿Por qué señor?

Sharyk sonrió con buen humor.

—Hacía tiempo que alguien no me pedía explicaciones. Lo siento, Vayra,

pero no puedo dároslas. Admiro, como es lógico vuestros sentimientos; sin embargo, debierais tener en cuenta también mi posición.

—Si no fuerais mi anfitrión, os diría...

Vayra se calló, mordiéndose.

—Seguid, seguid, no os interrumpáis — pidió él.

—Quizá no os guste lo que tengo que deciros, señor.

—Estoy un poco cansado de escuchar cosas agradables únicamente. Vamos, hablad.

—Iba a llamaros tirano, señor —dijo ella en tono quedo.

Sharyk se echó a reír.

—¡Cuán poco sabéis acerca del asunto, Vayra! Y ¡qué propagandista tan hábil es Dhagón!

—Dhagón es un gobernante que sólo anhela la felicidad y el bienestar de su pueblo —dijo ella apasionadamente.

Pero Sharyk seguía riendo.

—Vayra, como propagandista de las ideas de Dhagón, seríais un agente de pésimas cualidades. Pero decidme ahora, ¿no os habéis preocupado nunca de vuestra propia felicidad?

Ella se sobresaltó.

—¿Qué queréis decir, señor?

Las manos de Sharyk la tomaron por los hombros. El joven acercó el cuerpo de Vayra hacia sí.

—No, no — susurró ella, pero sus protestas quedaron acalladas por la presión de los labios de Sharyk. Sin poderlo evitar, levantó sus brazos y rodeó con ellos el cuello del Emperador.

CAPÍTULO III



OSA de tres meses más tarde el coronel Brondar irrumpió bruscamente en las habitaciones de Vayra.

La joven se volvió, mirando irritada al intruso.

—Dhagón —dijo Brondar, avanzando hasta situarse a pocos pasos de ella —. Dhagón me dio permiso para entrar aquí... y la orden de preguntaros por qué tardáis tanto tiempo en cumplir la misión que se os encomendó.

Ella se mordió los labios.

—¿Cree Dhagón que es tan fácil?

—Y usted —sonrió cínicamente Brondar—, ¿cree tan difícil apoderarse de un medallón sujeto al cuello simplemente por una cadena de oro?

La joven enrojeció ante la alusión tan poco velada. Luego se irguió, en toda la majestuosidad de su estatura.

—Lo haré cuando pueda... o me convenga, ni un minuto antes, Brondar.

Éste volvió a reír.

—¡Qué equivocada está, duquesa!

—No le tolero que me hable en ese tono, coronel Brondar — gritó Vayra —. ¡Soy...!

Pero la joven se calló de inmediato, mordiéndose los labios.

—Sí, ya sé lo que me iba a decir —exclamó Brondar—; que es usted la duquesa Vayra, una de las personas más linajudas del Noveno Sistema, apenas inferior a Dhagón. Pero cuando éste ordena algo, las clases y categorías desaparecen como si no hubieran existido nunca. En este momento, usted es una agente de Dhagón y debe limitarse a cumplir las órdenes que le imparten.

—¿Transmitidas por usted, coronel? —dijo ella con sarcasmo.

—Transmitidas por mí, duquesa — contestó Brondar—. Usted es la persona que tiene que apoderarse del medallón, pero quien manda y ordena, en nombre de Dhagón, soy yo. Y os digo que quiero para esta noche el medallón. Sin falta, ¿me ha entendido usted?

—¡Esta noche!

Brondar emitió una risita de tonos insultantes.

—Toda la corte de Sharyk se hace lenguas del gran amor que el Emperador os profesa. Según tengo entendido, esta noche cenáis a solas, ¿verdad?

—Sí — murmuró ella muy pálida.

—Bien; es la ocasión que aguardábamos. A la madrugada estaré aquí. Espero ver el medallón en vuestro lindo cuello. Tendré una astronave preparada. Ultrarrápida. Aparentemente es un yate de recreo, pero dotada de motores hiperatómicos. No habrá nave sharykiana que pueda darnos alcance. Antes de que Sharyk pueda notar que se ha quedado sin medallón, nosotros estaremos a salvo.

Vayra palideció más todavía.

—Es muy arriesgado —dijo.

—¿Dice usted eso al cabo de tres meses, duquesa? Os creía más valiente. Pero ya veo que el amor hacia Sharyk os ha reblandecido.

La joven apretó los labios.

—Todavía sé distinguir —dijo — entre el amor y el cumplimiento de mi deber.

—Lo celebro. Sin embargo, Dhagón ha previsto posibles defecciones debidas a vuestra misma debilidad.

—No le entiendo, coronel.

Brondar sonrió misteriosamente. Sacó de su bolsillo una cajita alargada y la destapó.

Instantáneamente, Vayra emitió un débil grito, al mismo tiempo que hacía un gesto de asco al ver los dos dedos humanos que yacían en el fondo de la cajita.

—¡Quitad eso de mi vista inmediatamente, coronel!

—Esto es —dijo éste con estudiada indiferencia—, uno de los medios de que se vale Dhagón para precaverse contra posibles traiciones.

—No le entiendo, coronel — murmuró ella, tratando de rehacerse.

—Fueron amputados con anestesia. Naturalmente, se trataba de la primera vez. La segunda vez será un poco más dolorosa y dos dedos en vez de uno. Pero usted no querrá que les suceda eso a sus padres, ¿verdad?

Vayra comprendió ahora.

—¡No! —gritó con los ojos desorbitados por el espanto.

Brondar afirmó con lentos movimientos de cabeza.

—Sí. ¿Por qué cree que Dhagón me volvió a enviar con usted? Está informado del romance que hay entre usted y el Emperador y ha querido curarse y curarla a usted, al mismo tiempo, en salud. La próxima vez —concluyó con duro y contundente acento—, serán dos dedos a cada uno de sus padres. Sin anestesia.

—¡Dhagón es un verdugo!

—Deje a un lado ciertos calificativos que no favorecen en nada, duquesa. Vayamos al grano. Mañana, al amanecer, quiero aquí el medallón. De lo contrario, sus padres irán perdiendo miembros del cuerpo hasta terminar con la cabeza, ¿estamos?

Ella asintió. Todo su cuerpo temblaba de ira y de dolor, pero no veía el modo de negarse. Y aunque conocía poco de Dhagón, sabía de él lo suficiente para estar segura de que no vacilaría en llevar a término sus crueles amenazas.

El mental espectáculo de sus padres torturados acabó de decidirla.

—Está bien—dijo—; mañana tendrá usted el medallón.

—Celebro que se lo tome así, duquesa. Mejor para todos. Ahora —añadió el coronel, entregándole un anillo con una gruesa piedra— tome esto. La piedra está hueca. Dentro de ella hay...

—¡Un veneno! —gritó Vayra.

—No — rió Brondar—; simplemente un poderoso narcótico. Sharyk dormirá un puñado de horas y cuando se despierte, nosotros estaremos muy lejos de aquí. Los efectos son casi instantáneos. A los diez minutos de haberlo tomado, Sharyk estará durmiendo como un leño. Dejo el resto a su imaginación, duquesa.

—Si Sharyk muere —dijo ella, colocándose el anillo—, le mataré a usted. Y luego a Dhagón. Aunque sea esto lo último que haga antes de morir yo misma.

Brondar se echó a reír.

—¡Cuánto ama usted a Sharyk!, ¿verdad, duquesa? Pero no tema; Dhagón es el primer interesado en que el Emperador viva. No sería buena política comenzar su carrera con un asesinato, aun justificado por razones políticas.

—Pero depondrá a Sharyk.

—Tampoco. Dhagón sólo anhela la independencia de su pueblo. Una vez conseguido esto, mediante la eliminación de la amenaza que son los satélites que giran en torno a Delta, se declarará independiente.

—Sharyk tratará de sojuzgarlo.

—El Emperador tiene, buenos consejeros políticos que le disuadirán, si es necesario, de sus posibles propósitos de lanzarse a una guerra intersistemas. No, no ocurrirá nada de lo que usted piensa, duquesa. Vaya tranquila y use ese anticuado, pero eficaz remedio del narcótico en el interior de la piedra de un anillo ostentoso. El medallón será nuestro mañana.

Vayra acabó por asentir.

—Está, bien, coronel. Veo que no tengo otro remedio. Y ahora —dijo, despidiéndolo— déjeme sola. He de arreglarme para la cena con su Majestad.

—Confío en que se diviertan los dos, duquesa —dijo Brondar, inclinándose.

El coronel dio media vuelta y se retiró.

Vayra quedó en el centro de la estancia, la cabeza doblada sobre el pecho y los ojos llenos de lágrimas. Por esto no pudo ver la singular sonrisa, en la que había una buena dosis de triunfo, que se pintaba en los gruesos labios del coronel cuando salía.

* * *

—Una de las plagas que ha padecido la humanidad, cualquiera que sea el sistema estelar o planetario al que pertenezca, es la de la burocracia. ¿Queda mucho todavía que firmar, Sunzo?

Sharyk arrojó una mirada de temor al grueso montón de papeles que tenía frente a sí.

—Media hora, señor —dijo el Secretario de Sistemas.

Sharyk lanzó un suspiro y trazó su firma por enésima vez al pie de un documento.

—Nada nuevo se ha inventado en este sentido. Sí, usted me dirá que los archivos se hacen a base de microfilms, lo cual reduce en manera increíble el espacio aprovechable. Pero todavía sigue siendo inevitable una pluma y un trozo de papel para que un documento original tenga validez oficial. En este sentido, lo único que se ha conseguido positivo es la máquina de escribir para redactar los documentos. ¿Puede usted señalarme algún avance más nuevo, Sunzo?

Sunzo emitió una sonrisita de circunstancias. Veía al Emperador impaciente y sabía de sobra los motivos.

—Por supuesto que no, Majestad. Pero esto es inevitable. Aquí y en cualquier otro gobierno de la Galaxia.

—Sí, ya lo veo —dijo resignadamente Sharyk. Terminaron en el plazo fijado por el Secretario. Éste recogió todos los documentos en una carpeta y luego de cerrarla, quedó en pie frente al joven, quien también se había incorporado.

Sharyk frunció el ceño.

—Sunzo, le conozco a usted desde hace muchos años. Está perplejo y preocupado al mismo tiempo, lo cual significa que tiene que decirme una cosa y no sabe cómo empezar. ¿Me equivoco?

—Desgraciadamente, no, Majestad.

—Entonces, dígame lo que sea, pero pronto, Sunzo. Son las... — Sharyk consultó su reloj y continuó—. Tengo veinte minutos solamente de tiempo si quiero ser puntual. Mi posición no me da derecho alguno a llegar después de la hora. De una vez para todas, ¿de qué se trata, Sunzo?

El secretario inspiró fuertemente. Después dijo:

—De la duquesa Vayra, señor.

Sharyk enarcó las cojas. Un relámpago de enojo brilló en sus pupilas, prestamente apagado, sin embargo.

—¿Qué tiene usted que decirme de la duquesa, Sunzo?

—Sencillamente, que la gente murmura y comenta las relaciones que os unen a ambos, señor.

—Eso es cosa mía, de mi exclusiva y única competencia, Sunzo; téngalo entendido para siempre.

Sunzo se inclinó.

—Lo sé, señor. Pero me temo que no he sido bien entendido.

—Si no se explica usted mejor...

—No es que a la gente le preocupe mucho que vuestra Majestad y la duquesa estén enamorados. Incluso parece gustar la duquesa como futura emperatriz, si no fuera...

—Porque es dhagonita, ¿verdad?

—Este es un obstáculo que también podría soslayarse. Nuestra legislación no es muy escrupulosa en cuanto a la elección de cónyuge para el emperador reinante, sea cualquiera el sexo a que éste pertenezca. Lo que sí exige únicamente es que posea una moral y una honestidad sin tacha y que, además, sea perfecto en lo físico. Condiciones que se dan en la duquesa Vayra de modo insuperable.

—Entonces... no acabo de entender, Sunzo.

—Señor, la gente murmura y teme que la duquesa sea un agente de Dhagón.

Los ojos de Sharyk se dilataron un momento. Luego se echó a reír estruendosamente.

—¡Vayra... un agente de Dhagón!

Sunzo asintió con firme gesto.

—Así es, señor. Eso es lo que susurra la gente en voz baja y teme que ella, aprovechándose de vuestro enamoramiento, trate de apoderarse del medallón.

La mano de Sharyk tomó de inmediato, en forma maquinal, el medallón que pendía de su robusto cuello.

—¡Eso es imposible!

Sunzo se inclinó.

—Desearía creerlo así, señor.

—¿Debo entender entonces que he de rogar a la duquesa que se aleje de mí?

Sunzo no contestó, pero su actitud era evidente.

Sharyk apretó los labios. Se paseó por la estancia nerviosamente unos momentos y luego se volvió hacia su secretario.

—¿Puedo tomarme algunos días antes de adoptar una resolución definitiva, Sunzo?

—Ese derecho no podría negarse ni aun al más humilde de vuestros súbditos, Majestad.

Sharyk miró fijamente al secretario.

—Sunzo, antes de cuarenta y ocho horas sabrá usted la decisión que he adoptado.

—La duquesa Vayra haría una magnífica emperatriz, Majestad. Y creo que tan feliz acontecimiento sería muy celebrado por todos.

—Yo el primero, ¿verdad? — comentó irónicamente el joven, quien, acto seguido, dio media vuelta, de modo brusco—: ¡Hasta mañana, Sunzo!

—Señor...

Cuando el secretario hubo quedado solo, sus cejas parecieron unirse en un solo y negrísimo trazo. Todo su rostro indicaba la profunda meditación a que se había entregado, de la cual no salió sino un cuarto de hora más tarde.

Su alargado dedo índice oprimió un pulsador.

—Excelencia —dijo alguien invisible.

—Buscadme inmediatamente al capitán Urmeson. Lo necesito con urgencia.

—Al momento, Excelencia.

* * *

Vayra lloraba amargamente. En silencio, sin que sus sollozos emitieran el menor sonido.

La habitación estaba sumida en una dulce penumbra. Había una mesa sobre la cual se veían los restos de la cena. La mesa había estado alumbrada por media docena de velas, de las cuales ya sólo quedaba una encendida que era la que proporcionaba la luz a la habitación.

Tendido en un diván, estaba Sharyk, durmiendo apaciblemente, respirando con sosiego. Cualquiera que le hubiera podido ver, habría dicho que el Emperador estaba descansando de las fatigas de su cotidiana labor.

Pero Vayra sabía que no era así, que Sharyk dormía merced al poderoso narcótico que Brondar le había proporcionado y que ella había mezclado con una de las últimas copas de vino.

La cena se había desarrollado con entera normalidad, sin que el joven dejara traslucir en lo más mínimo, los tormentosos pensamientos que agitaban su cerebro. Al terminar, los servidores se habían retirado, dejándolos a solas y entonces fue cuando Vayra había dejado caer el hipnótico en la copa rebosante de rojo vino.

Habían brindado por su eterno e imperecedero amor. Pero Vayra, a pesar de su probado patriotismo, se sentía terriblemente culpable. Tan traidora como el que más. Había abusado y defraudado la confianza que Sharyk había depositado en ella, engañándolo inicuamente.

Por esto lloraba la muchacha. Estaba arrodillada al lado del diván, con un brazo pasado en torno al cuerpo inerte de Sharyk, su mejilla junto a la del hombre amado, mojándole el rostro con sus propias lágrimas, que fluían sin cesar de sus ojos.

Así permaneció durante largo rato, hasta que al fin, con un contenido suspiro, se incorporó levemente.

Miró el rostro de Sharyk, a tan corta distancia del suyo. Con sus propios cabellos, enjugó las lágrimas que habían mojado la faz bienamada. Ya había cesado de llorar.

Con una mano, muy suavemente, levantó la cabeza de Sharyk y le

despojó de la cadena. Por un instante, la curiosidad pudo más que todo y contempló el medallón a la luz de la única vela que quedaba.

El medallón era muy grande y medía casi diez centímetros de diámetro por dos de grueso. Estaba construido en metal noble, oro, y todo su borde constelado de diamantes, rubíes y esmeraldas, gemas que componían los colores del Imperio.

En el centro se veía un extraño dibujo, el escudo de armas de la casa de Sharyk: un sol rodeado de doce planetas y su divisa: «Fidelis Fidelium» Fiel de los fieles. Hasta allí también habían llegado las costumbres terrestres en este sentido.

El reverso del medallón era liso, sin ningún dibujo ni protuberancia que indicase que en su interior existía un poderoso artefacto, capaz de «novar» una estrella y destruir así un sistema solar. Tampoco en el borde se veía nada y asimismo, la cadena de que pendía, gruesa y muy bien trabajada, no ofrecía nada de particular, pese al magnífico trabajo del orfebre.

Vayra se puso en pie. Pasó la cadena por su cuello y el medallón descansó sobre su seno. Lo notó tibio aún por el contacto de la carne de Sharyk.

Permaneció unos momentos en pie, mirando profundamente al dormido, convertida en una estatua.

De pronto, reaccionó. Se inclinó, rozando apenas, como si temiera despertarlo, los labios de Sharyk con los suyos. Luego se incorporó y dando media vuelta, se dirigió hacia la salida.

Junto a la puerta tenía un manto negro con capucha. Se lo coloco, cubriéndose el cabello con la capucha. Después apoyó su mano en el tirador de la puerta.

En aquel momento, la habitación y cuanto la rodeaban parecieron girar vertiginosamente en torno suyo. La visión se le desenfocó y los objetos cercanos se le alejaron y acercaron con mareante rapidez. Vayra necesitó apoyarse en la pared para no caerse al suelo.

Al mismo tiempo, una horrible angustia le subió hasta la garganta, llenándole la boca de un tremendo mal gusto. Palideció hasta que su rostro adquirió la blancura del mármol.

Pero no tardó mucho en recuperar la perdida normalidad física. Sin embargo, ahora se hallaba terriblemente alterada en lo mental.

—¡Dios mío, Dios mío! — musitó, comprendiendo—. ¿Será posible?

Un instante después, había abierto la puerta y huía, más que del narcotizado Sharyk, de sí misma, convertida en un negro espectro, en cuyo interior se agitaban hirvientes océanos de horror.

Cuando Vayra hubo desaparecido, una puertecita disimulada se abrió en la estancia y dos hombres penetraron en ella.

Sunzo sonrió maquiavélicamente. El hombre que le acompañaba, un hércules de estúpida apariencia, pero con un cerebro agudísimo, se quedó perplejo al ver al Emperador dormido como un leño.

—La duquesa ha huido, capitán Urmeson. El resto queda en sus manos.

—Sí, Excelencia. Se hará como ordenasteis.

Después de esto, el gigante, con paso tan silencioso como el de un felino, salió de la estancia.

Sunzo no socorrió a Sharyk; por el contrario, con aire entre despectivo e irritado, permaneció allí durante largo rato, contemplándolo en apariencia, pero en realidad, pensando. Sunzo tenía mucho que pensar. Y, mucho más todavía, que hacer.

CAPÍTULO IV



O me lo repita usted más; ya sé que he cometido un error imperdonable.

Sharyk estaba mirando a través de una de las ventanas de su palacio, de pie, con las manos a la espalda, perdida la mirada en el horizonte, en tanto, a su espalda, permanecía Sunzo, su secretario.

—«Errare humanum est» — sentenció Sunzo—. Cometer errores es de hombres. Pero reparar dichos errores también es tarea de hombres.

Sharyk se volvió bruscamente.

—¿Qué es lo que quiere usted decir, Sunzo? — preguntó.

—Yo... nada, Majestad. Únicamente me limitaba a citar un conocido aforismo terrestre... y luego completarlo por mi cuenta.

—Está usted sugiriendo que he de ser yo el que repare el error, ¿no es así, Sunzo?

Éste sonrió imperceptiblemente.

—Muy posiblemente, Majestad.

—No sé de qué manera. La duquesa Vayra — y al mencionar el nombre de la joven, las facciones del Emperador se nublaron visiblemente—, no ha llegado todavía a Dhagonia.

—Sin embargo, ha tenido tiempo más que sobrado, Majestad. Nuestro embajador en la capital dhagoniana nos informa que no se tienen noticias de ella desde hace algún tiempo. Justamente el mismo que hace que falta de aquí.

—¿Es eso cierto, Sunzo?

—La verdad escueta, Majestad.

Sharyk golpeó su mano izquierda con el puño derecho. Dio dos o tres pasos en cada sentido, a través de la estancia.

—Es imposible que se haya extraviado. Sunzo. ¿No vino ella en un yate espacial privado?

Sunzo denegó con la cabeza.

—Llegó en una astronave corriente, de horario fijo. Pero si puede serviros

para algo, os diré que la víspera de su marcha, llegó al astropuerto subespacial un yate de recreo, tripulado por una sola persona. Ese yate desapareció la misma noche en que faltó la duquesa.

—Se fue en él, Sunzo.

—Lo siento; las apariencias todo lo indican así, Majestad.

—Y no se os habrá ocurrido enviar una patrulla a buscarlo —dijo Sharyk en tono acusador.

—Nuestros hombres más sagaces están investigando los cielos sin que, hasta ahora, sus esfuerzos hayan dado el menor resultado.

—Bien —dijo, el joven con tono concentrado—. Puesto que nadie ha sabido dar con el paradero de la duquesa, yo la hallaré. Inmediatamente...

Alguien cortó las palabras del joven. Una lamparita roja se encendió en el intercomunicador que había sobre una mesita.

Sunzo manejó la palanca de comunicación.

—Señor —dijo una voz—, dispensadme si os interrumpo. Está aguardando un enviado especial del Gran Señor del Novena Sistema, Dhagón, y dice que tiene suma urgencia en veros a su Majestad y a vos.

Antes de contestar, Sunzo se volvió hacia Sharyk, mirándole inquisitivamente. El joven hizo una seña afirmativa.

—Está bien —dijo Sunzo—; hágale pasar.

Treinta segundos más tarde la puerta se abría y un hombre penetraba en la estancia.

Sharyk miró especulativamente al recién llegado. Lo vio casi tan alto como él, pero más grueso tanto de cuerpo como de facciones, no dando, sin embargo, sensación de obesidad o pesadez en ningún momento. Vestía sencillamente, sin ninguna nota estridente en su atavío de corte casi militar.

El recién llegado se presentó:

—Coronel Brondar, enviado especial y plenipotenciario de Dhagón, Gran Señor del Noveno Sistema.

Brondar hizo una inclinación de cabeza a cada uno de los presentes.

—Encantado de conocerle, coronel —dijo Sharyk—. Debe ser muy apremiante lo que os trae hasta aquí cuando os habéis saltado el curso normal de las cosas.

—Si Vuestra Majestad se refiere al embajador de mi país en Sharykia, debo deciros que la misión que me trae es tan secreta que Dhagón no ha creído conveniente ni oportuno confiarla a nadie que no fuera yo mismo.

Sharyk arqueó las cejas.

—Esto se pone interesante, Brondar. Bien, exponed vuestras quejas.

Brondar sonrió cortésmente.

—Hay quejas, en efecto, señor; pero no contra vos, sino contra una persona que en los últimos tiempos, ha abusado de vuestra confianza.

Los ojos de Sharyk chispearon.

—Tenga usted cuidado con lo que habla referente a la duquesa Vayra, coronel. Además, usted no está capacitado para discernir si la duquesa abusó o no de mi confianza.

—Lamento haberos ofendido, Majestad —dijo Brondar—. Por un momento olvidé vuestra proverbial galantería para con las mujeres.

—Bien, bien —dijo el joven secamente—. Vayamos al grano de una vez.

—La duquesa os ha jugado una mala partida, señor. Perdonad mi brusquedad, pero un militar necesita usar un lenguaje conciso. Os ha robado el medallón.

La mano de Sharyk fue instintivamente hacia su pecho. La bajó casi al instante, vacía.

—Es cierto — admitió—. Coronel, ¿cómo lo habéis sabido?

—Rumores, Majestad. Rumores que acabo de ver confirmados. Tales rumores llegaron a oídos de Dhagón.

Una despectiva sonrisa apareció en los labios del joven.

Lo cual —dijo — le viene a él muy bien para sublevarse y declararse independiente del Imperio.

Brondar sacudió la cabeza.

—Dispensadme si os rectifico, Majestad. No hay súbdito más fiel ni más legal que Dhagón. Por eso mismo me envía a vos.

—Sigo sin entenderos.

—Os lo explicaré, Majestad. Dhagón sabía de las actividades que desarrollaba la duquesa desde algún tiempo. Pero siempre confió en ella y en estos momentos lamenta haber depositado su confianza en una traidora.

»Ahora— siguió diciendo — la duquesa tiene el medallón. Con éste en sus manos puede obligaros tanto a vos como a Dhagón. A Dhagón, amenazándole con la «novación» de Delta. Vayra quiere el Gran Señorío del Noveno Sistema para ella. Y una vez que lo consiga, entonces se enfrentará a vos, Majestad, desafiando vuestra imperial autoridad. Se declarará independiente, gobernará el sistema y así habrá saciado sus apetitos de poder.

—Deduzco de ello — contestó tranquilamente Sharyk — que Dhagón me envía un emisario especial para pedir ayuda.

—Esto por una parte. Y por la otra, para manifestaros la absoluta seguridad de que él no ha tenido la menor parte en la traición de la duquesa y que es el primero en condenar. Señor, en nombre de Dhagón os pido el inmediato castigo de la duquesa, aplicándole las penas que corresponden a su delito de alta traición.

Sharyk se frotó la mandíbula.

—Agradezco a Dhagón sus palabras, que estimo sinceras. Sin embargo, una cosa es pedir una pena y otra aplicarla. En este caso, muy difícil, coronel Brondar.

—Tengo el encargo de Dhagón de solicitaros el oportuno permiso para buscar por todas partes a la duquesa. Una vez la haya hecho prisionera, os la entregaré para que vos mismo la apliquéis las sanciones oportunas.

—No tengo por qué negaros ese permiso. Concedido. Pero...

Sharyk se interrumpió, mirando a Sunzo.

—... opino que un hombre solo es insuficiente para buscar a una mujer tan astuta, coronel.

—Un hombre solo puede pasar mejor inadvertido, señor.

—Pero dos tampoco son un bulto exagerado y, si lo hacen con discreción, tampoco se nota mucho su presencia dondequiera que vayan.

Brondar se inclinó.

—No me queda otro remedio que plegarme gustoso a les deseos de Vuestra Majestad. ¿Cuál es el otro hombre que va a venir conmigo?

—Yo.

Sunzo y Brondar se miraron con aire incrédulo, enormemente sorprendidos por la inesperada decisión del joven.

—¿Vos... señor? — acertó a decir el secretario al cabo de unos momentos.

—Pero... — empezó a hablar Brondar.

Sharyk levantó una mano.

—Sí; yo seré su compañero, coronel Brondar. También yo — y al pronunciar estas palabras Sharyk dejo que una vaga sonrisa apareciera en sus labios — tengo mucho interés en atrapar a la duquesa. Ella y yo tenemos una cuenta que saldar.

* * *

Había dos nombres sentados en cuclillas, frente a frente, teniendo en medio de ambos una pequeña hoguera, sobra la cual había una lata en donde hervía agua. Los dos hombres estaban cenando con apetito.

Una vasta planicie, de tipo casi desértico, se extendía ante ellos, perdiéndose de vista en todos los sentidos. A unos cien metros de distancia, separadas entre sí por una distancia similar, se veían dos astronaves posadas en el suelo.

Una de ellas estaba tumbada sobre uno de sus costados. Las aletas estabilizadoras aparecían dobladas y aunque, en conjunto, no parecía haber sufrido grandes daños, se le advertían los suficientes como para no poder reemprender el vuelo.

La otra nave estaba intacta y era la que había conducido hasta ahí a la pareja.

—El radar nos engañó —dijo Brondar.

—No podremos saber desde arriba que esa nave no era la que usó Vayra para su huida — comento Sharyk.

Brondar se encogió de hombros.

—Bueno, después de cenar reanudaremos el viaje. Ya — añadió levantando los ojos al cielo, que comenzaba a teñirse de rojo — queda poco tiempo para la noche, Majestad.

—Haz el favor de llamarme por mi nombre, Brondar—dijo el joven, irritado—. Es necesario que te acostumbres a ello en tanto dure nuestra expedición.

—Excúsame; lo había olvidado —dijo el coronel de Dhagón y retiró la cafetera del fuego—. Estos terrestres — comentó — son un poco salvajes, pero no dejan de tener a veces costumbres muy gratas. Como la del café, por ejemplo.

—No debes tachar a los terrestres de salvajes, Brondar. Posiblemente ellos hagan lo mismo con respecto a nosotros, cuando lo cierto es...

El joven se interrumpió. Un extraño sonido acababa de escucharse en la clara calma de aquel atardecer.

Era un tenue silbido que poco a poco fue adquiriendo consistencia y volumen hasta que pudo ser fácilmente identificado. Entonces las pupilas de Sharyk y Brondar captaron la imagen de una nave que describía círculos cada vez más cerrados en torno a aquel lugar, al mismo tiempo que perdía altura.

—Una nave... en estos parajes — murmuró el coronel.

—Sí que es raro — comentó Sharyk—. Este planeta está completamente

desierto. ¿Qué pueden querer esos hombres?

—En la duda, yo creo que lo mejor sería empuñar las armas, Sharyk —dijo Brondar, y el joven asintió.

La cosa ocurrió con relampagueante rapidez.

La nave aterrizó, levantando nubes de polvo y arena. Su piloto debía de ser hombre de excepcional habilidad, porque lo hizo en un cortísimo espacio de terreno, deteniéndose a escasos metros de las otras dos naves.

Sharyk lo vio todo con suma claridad, puesto que tenían la luz del sol en el ocaso de espaldas. Apenas se hubo detenido la extraña nave, una compuerta se abrió y media docena de hombres saltaron a tierra.

Se desplegaron con gran rapidez. El ojo de Sharyk captó inmediatamente la situación.

—¡Al suelo, Brondar! — gritó, justo en el momento en que estallaba una descarga cerrada.

Los proyectiles eran del tipo desintegrante y causaron enormes hoyos en el suelo, a corta distancia de los dos accidentales amigos.

Sharyk y Brondar buscaron refugio en una pequeña cortadura, a modo de trinchera, situada no lejos de la hoguera, y desenfundaron sus armas respectivas.

—No me explico por qué diablos nos atacan esos brutos, masculló Brondar, soltando un disparo que volatilizó a uno de los asaltantes.

Casi en el mismo instante Sharyk hizo lo propio.

La dura respuesta de los asaltados hizo que los atacantes se lo pensaran un poco mejor y se desperdigaran buscando abrigo contra los disparos de Sharyk y Brondar.

—También a mí me gustaría saber eso —dijo Sharyk.

Asomó la cabeza, empuñó el arma con ambas manos y, gatillando con terrible rapidez, la movió en abanico.

El resultado fue sorprendente. Una serie de terribles explosiones conmovieron la tierra, elevando a los aires obscuras nubes de humo y polvo. Brondar le imitó y durante unos momentos el lugar que ocupaban los asaltantes se convirtió en un rugiente infierno de muerte y destrucción.

Cuando cesaron los disparos esperaron unos momentos la réplica enemiga. Pero ésta no llegó.

Por el contrario, un hombre, se puso en pie con las manos en alto.

—¡Eh! —gritó—. ¡No tiréis más! ¡Me rindo!

Sharyk y Brondar se miraron.

—¿Será una añagaza? — murmuró el coronel.

—Voy a averiguarlo — contestó Sharyk, después de recargar el arma.

—¡No, iré yo! — gritó Brondar, pero era ya tarde.

Con la pistola en la mano, Sharyk avanzó hacia el desconocido.

Éste era un hombre de unos treinta y cinco o cuarenta años, en cuyas facciones estaban impresos el vicio y la disipación. Sus labios delgados y sus negros ojos, de huidizo mirar, hablaban de crueldad y dureza de ánimo; y al contemplarlo, Sharyk dedujo, con toda claridad, que se hallaba en presencia de un individuo capaz de matar a sus progenitores por un puñado de billetes.

—No bajes las manos hasta que te lo diga — ordenó el joven.

A sus espaldas se oían los pasos de Brondar.

—Está bien; pero no me tenga mucho tiempo así; es muy fatigoso, ¿sabe? —dijo el hombre con marcada desvergüenza.

—Peor sería para ti encontrarte ahora como tus compañeros — comentó fríamente el joven, señalando los grandes hoyos abiertos por las explosiones de las microgranadas nucleares.

El individuo se encogió de hombros.

—¿Cómo te llamas? — preguntó Sharyk.

—Biardos.

—¿Por qué nos atacasteis?

—Necesitábamos vuestra nave.

—¿Para qué? ¿Con qué objeto?

Biardos señaló hacia la suya.

—Nos habíamos quedado sin combustible y casi sin víveres y municiones. Necesitábamos reponerlos a toda costa y decidimos aterrizar al ver dos naves paradas aquí. La cosa nos salió mal — terminó, con un tono de resignada filosofía.

—Ya sé qué es lo que hacían estos granujas —dijo Brondar, regresando de hacer un corto examen externo de la nave recién llegada—. Piratas, salteadores del espacio.

—Acertó, amigo — asintió Biardos en tono de burla—. Ésta es la culpa de nuestro aterrizaje. Intentamos un golpe, fallamos y debimos salir huyendo a toda velocidad. Por eso estamos aquí. Estábamos — se rectificó el pirata, sonriendo cínicamente—. Ahora sólo quedo yo.

—¿No hay nadie más en la nave?

Biardos denegó vigorosamente.

—No. Éramos seis y decidimos asaltarles todos a la vez. Así tendríamos más posibilidades de ganar. Ni siquiera teníamos un mal torpedo que lanzarles — finalizó con amargo tono.

—Bien, me parece que ya no hay más que preguntar—dijo Sharyk, el cual, acto continuo, se volvió hacía el coronel—. ¿Qué te parece que hagamos?

Brondar se encogió de hombros.

—Tipos como éste sobran en cualquier momento y en cualquier lugar.

Gruesas gotas de sudor aparecieron repentinamente en el rostro de Biardos.

—¡Qué! ¿Piensan matarme?

—En todo caso — sonrió fríamente Brondar — no pensábamos hacer sino devolverte el favor, Biardos.

La mano de Brondar se levantó. Sharyk dudó si intervenir, pero había una ley y ésta era harto explícita en tales ocasiones. A pesar de todo, le repugnaba la idea de ver morir a un hombre, no siendo en combate o en defensa propia.

Biardos retrocedió un paso, instintivamente.

—Por favor — rogó.

Brondar alargó la mano. No quería fallar el tiro.

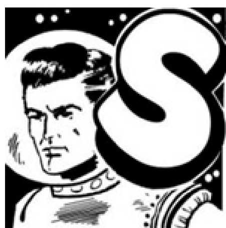
De pronto, Biardos lanzó un grito.

—¡Espere! ¡No dispare! Si me matan, se quedarán sin saber algo que les interesa muchísimo.

—Las cucarachas no tienen derecho a la vida, Biardos — comentó Brondar con glacial acento.

—¿No, eh? Bien, dispare entonces. El emperador se quedará sin saber dónde se encuentra la duquesa Vayra. ¿No la estaban buscando? ¿A qué espera, amigo? ¡Dispare, hombre, dispare!

CAPÍTULO V



HARYK fue rápido en reaccionar. Saltó velozmente, cruzándose en la línea de tiro del arma.

—Baja la pistola, Brondar — ordenó imperativamente.

Luego miró al pirata, cuyos labios componían una sonrisa de singular expresión.

—¿Qué sabes de la duquesa? Habla, Biardos; de lo contrario, juro que te arrancaré la verdad, aunque sea con la piel a tiras.

Biardos se humedeció los labios con la lengua. Se le habían quedado secos. Pero, viendo que aún vivía, mostró de nuevo su fanfarronería y su despego.

—¿Qué me ofrecen a cambio de la información? — preguntó.

—La vida, que no es poco.

Biardos denegó con la cabeza.

—No es poco, pero necesito algo más.

Brondar lanzó un rugido.

—No le hagas caso, Sharyk. Es un villano que sólo pretende prolongar aunque sea por unos momentos...

—Cálmate, Brondar —dijo el joven—. Está en nuestras manos y no podría correr diez pasos sin que lo desintegráramos. ¡Habla, Biardos!

—Sois el Emperador. Vuestra imagen está muy difundida y os reconocí al momento.

—Entonces, ¿por qué no hablaste inmediatamente? Y además, ¿cómo sabes que busco a la duquesa?

Biardos sonrió cínicamente.

—A la primera pregunta os contestaré que no esperaba tal trato por parte de vuestro adlátere, Majestad. Y en cuanto a la segunda, la historia está tan extendida que no hay rincón de la Galaxia donde no se sepa.

Sharyk se mordió los labios.

—Está bien, prosigue.

—Aún, no, señor. Todavía no me habéis prometido lo que he pedido.

—El Emperador te ha concedido la vida, canalla —dijo Brondar, colérico.

Biardos miró al coronel de soslayo.

—¿Y qué? ¿Para qué quiero yo vivir aquí, en este cochino planeta desierto? ¿Para morirme de hambre y sed? Si he de hablar, necesito la promesa solemne del Emperador de facilitarme los medios de largarme de aquí. De lo contrario, ya puede usted empezar a disparar.

Sharyk agitó la mano.

—De acuerdo; tienes mi palabra. Saldrás de aquí, Biardos. Pero antes has de decirnos dónde está la duquesa.

El pirata fingió vacilar, pero, en realidad, disfrutaba con la impaciencia que se reflejaba en el rostro del joven.

Sonrió ladinamente y al cabo dijo:

—Vayra está con Kelfax, Majestad.

—¡Kelfax! — gritó el joven, sin poderse contener.

Biardos movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí.

—¿Cómo lo sabes tú? — rugió el joven.

—Porque yo mismo la he visto. Es... digamos huésped distinguido del rey Kelfax.

—Lo cual quiere decir que es su prisionera.

—Aunque la palabra sea desagradable, no es por ello menos exacta, señor — contestó Biardos con falsa humildad.

Hubo una pausa de silencio, prontamente cortada por el propio Sharyk.

—¿Qué relaciones te unen a ti con Kelfax, Biardos? Kelfax no es muy amigo de los extranjeros. Ni él ni ninguno de los suyos —dijo el joven con el ceño fruncido.

Biardos se echó a reír.

—Kelfax suele ser amigo de los que le proporcionan grandes ganancias. Y yo, hasta hace unos momentos, era uno de ésos, Majestad.

—Entiendo —dijo el joven, moviendo la cabeza—. Buscando una cosa, hemos dado con otra. No sabía que Kelfax se dedicara a proteger piratas.

—No a todos, Majestad — contestó Biardos con cierto orgullo en su voz

—. No todos los que se dedican a la poco honrosa profesión de asaltar astronaves pueden ufanarse de ser amigos del rey Kelfax.

—Por lo visto, tú debes de gozar de su intimidad cuando has podido ver a la duquesa.

Así es, señor.

Sharyk se mordió los labios.

—Está bien —dijo el joven—. Te di mi palabra y la cumpliré. Saldrás de aquí... con nosotros.

Biardos palideció instantáneamente.

—¿Eh? ¿Cómo habéis dicho, Majestad?

—¿Qué esperabas tú, sinvergüenza? —le increpó Brondar.

—Tenía entendido que se me iban a facilitar combustible, armas y víveres — gruñó el pirata.

—Nada de eso —replicó Sharyk—. Se te prometió respetar tu vida y sacarte de aquí. Pero nadie acordó nada respecto al modo y la forma en que había de ejecutarse el acuerdo.

—Conque — terminó Brondar, cogiendo por el cuello al rufián—, ya lo sabes: echa a andar y no te resistas si no quieres que convierta tu cuerpo en un poco de humo.

—Yo recogeré los trastos —dijo Sharyk—. Vigílalo bien, Brondar.

—Descuida — contestó el coronel, quien, para apoyar mejor sus palabras, golpeó con el largo cañón de su pistola tras la oreja del forajido. Éste chilló, vacilando, pero acabó por recobrar el equilibrio y seguir el camino que le marcaban.

Un cuarto de hora más tarde todo estaba dispuesto para la partida. Era ya de noche, pero los potentes faros de proa de la astronave iluminaban el espacio que tenía ante sí con toda claridad.

Sharyk y Brondar ocupaban los asientos de pilotaje, en cuanto que, un poco más atrás, atado con las correas de seguridad, amén de unas fuertes ligaduras en pies y manos, se encontraba el pirata, devorando en un impotente silencio el despecho y la rabia que le consumía.

Poco a poco la astronave adquirió velocidad hasta tomar la suficiente para el despegue. Sharyk empujó hacia adelante las palancas del gas, al mismo tiempo que conectaba el dispositivo antiaceleración y el aparato se izó verticalmente, atravesando la atmosfera como un buido puñal de fuego y acero, una vez en el espacio libre, Sharyk estableció una órbita. Después se liberó de las correas que le sujetaban al sillón. Brondar hizo lo propio.

—Soy de la opinión —dijo el joven — de que debemos estudiar el asunto antes de llegar a Znad, la capital de Kelfax.

—Muy bien, adelante, pues —dijo Brondar—. ¿Cuáles son tus opiniones?

—En primer lugar, yo podría emitir un mensaje de socorro y reunir así una buena parte de mi flota de guerra.

—¿Cree Vuestra Majestad que Kelfax se deja impresionar por cien o mil cruceros de batalla? — rió Biardos desvergonzadamente.

—Tú, cállate; nadie te ha dicho que intervengas en nuestra conversación —masculló el coronel—. Si te vuelvo a oír una sola palabra sin que te hayamos preguntado nada, te amordazaré. O te arrancaré la lengua con unas tenazas, según me dé el aire. ¿Estamos?

La amenaza de Brondar surtió sus efectos y el pirata apretó los labios. Pero sus ojos brillaban con el sombrío fulgor del ansia del desquite.

—Estábamos hablando de Kelfax, Sharyk—dijo el coronel, mirando al joven.

—Sí — murmuró el aludido, pasándose una mano por la frente—. No quiero llamar a mis naves. La cuestión entre Vayra y yo es estrictamente personal y no me perdonaría nunca haber arriesgado la vida de uno de mis hombres en algo que sólo es mío.

—Me parece muy bien, aunque entonces, Sharyk, careceremos de poder intimidatorio sobre Kelfax — objetó Brondar.

—Primeramente hemos de comprobar sí lo que ha dicho Biardos es cierto. Después... Bien, no creo que Kelfax se resista a su Emperador.

Brondar meneó la cabeza con aire pesimista.

—Según tengo entendido, Znad está en los confines del imperio y Kelfax ha sido siempre un poco independiente. No ha tenido mucha relación con el resto del imperio y, además, tampoco ha sido muy propicio a crear dicha relación. Esto, Sharyk — añadió Brondar—, es un suave eufemismo para calificar las acciones de ese rey pirata.

Sharyk sonrió.

—Te entiendo. Por eso pienso obrar así. Con astucia, puesto que la fuerza de nada nos serviría, ya que Kelfax sería incluso capaz de hacer matar a Vayra si viera que es atacado.

—¡Gran Espacio! —exclamó Brondar, estremeciéndose—. Esa posibilidad no se me había ocurrido a mí. Entonces... el medallón pasaría a poder de ese granuja de Kelfax.

Sharyk asintió con gesto sombrío.

—Si no lo tiene ya... — murmuró, agregando—: Aunque confío en que no; que haya creído desde el primer momento que se tratase de una simple joya de adorno de Vayra.

—Eso espero yo también — concordó Brondar—. Ahora lo mejor sería estudiar un plan para acercarnos a Znad.

—Está bien — asintió Sharyk, yéndose hacia uno de los lados de la cabina.

Allí había un gran panel de acero translúcido, que mediría más de dos metros en cuadro. Al pie del mismo había un suplemento en forma de mesa de control, muy estrecha y alargada todo lo que era el cuadro, llena de botones e indicadores.

Los dedos de Sharyk se movieron ágilmente por entre aquella maraña de conmutadores, hasta que al fin hubo aparecido la imagen de un astro en la pantalla. El joven hizo girar una palanca, aumentando el tamaño de la imagen hasta que se vieron todos los detalles del planeta a la perfección.

—Aquí —dijo, señalando un punto con el índice — está Znad, la capital, que lleva el nombre del planeta. El astropuerto está situado a corta distancia. Podemos aterrizar allí, aunque, en el momento en que lo haga, la noticia se difundirá por todas partes.

—¿Quieres insinuar con esto que lo mejor sería penetrar en la capital subrepticiamente? — preguntó Brondar.

—Sí, tal es mi idea — asintió el joven.

—Pero te reconocerán lo mismo. No siempre vamos a estar circulando por Znad de noche ni enmascarados.

Sharyk se frotó la mandíbula.

—Hace ya doce meses que salimos de la capital del imperio. Puesto que nos sobra tiempo, ¿por qué no esperar otro mes todavía? Todo el mundo está acostumbrado a verme con la cara rasurada por completo. Pero, si me dejara crecer la barba, ¿quién me iba a conocer?

—Tienes razón — asintió Brondar—. Es una buena idea. Ahora bien, el plan, en mi opinión, tiene un grave inconveniente.

—¿Cuál es? Exponlo, Brondar.

—Muy sencillo. Znad es un planeta muy civilizado y, en determinadas regiones, densamente poblado. Su rey, Kelfax, es un granuja de tomo y lomo, como tú muy bien sabes. La mayoría de los znadianos son decentes y están deseando que su rey reviente. Esto los más compasivos. Los otros... Bien, mejor es no pensarlo.

»Como consecuencia de todo ello — añadió—, el planeta está

continuamente vigilado. Nadie puede acercarse a menos de treinta millones de kilómetros que no sea detectada su presencia inmediatamente. En cuanto nos detecten, dos naves saldrán a nuestro encuentro y nos escoltarán hasta el astropuerto de Znad, en donde nos obligarán a aterrizar.

»Ahora bien — puntualizó—, nosotros no somos comerciantes ni muchísimo menos turistas, porque, que yo sepa, nadie ha ido a Znad con este propósito. ¿Qué explicación daremos a Kelfax o al esbirro que nos interrogue?

Momentáneamente Sharyk no contestó, sabiendo que toda la razón estaba de parte del coronel. No sabiendo qué decir, se paseó nerviosamente de un lado para otro, fingiendo ignorar las continuas miradas de burla que le dirigía el pirata.

Hubo unos momentos de silencio en la cámara. De pronto se oyó un carraspeo:

—¡Ejem... ejem...! —tosió Biardos.

Sharyk detuvo sus paseos y se quedó mirando al pirata.

Éste le devolvió la mirada.

—Quisiera hablar, pero... —y luego sus ojos se desviaron hacia Brondar.

—Suelta el pico — gruñó el coronel—. Tú tienes algo que decirnos, ¿verdad?

—¿Por qué no me sueltan las ligaduras? Estoy muy incómodo y la lengua me duele al hablar —dijo Biardos con toda desfachatez.

—¡Oh! — se exasperó Sharyk—, acabemos de una vez—y liberó al pirata de sus ataduras.

Biardos se levantó, frotándose las muñecas. Rezongó algo ininteligible y al fin miró a. Sharyk.

—Antes de exponer mi plan hemos de hacer un trato, Majestad.

—Lo que sea, pero ¡pronto, Biardos! —le urgió Sharyk.

—Verá; yo soy un hombre que vive de un modo no muy legal. ¡Qué le vamos a hacer! —exclamó el pirata, encogiéndose de hombros con indiferencia—. Cada uno es como es y yo tenía una nave que ahora se me ha quedado en aquel planeta.

—Tendrás otra nave, te lo prometo —dijo el joven.

—¿Para que siga depredando los espacios? — gruñó Brondar.

Sharyk extendió la mano.

—De momento no nos queda otro remedio que acceder a sus propuestas. Sigue, hablando Biardos; ¿qué más?

Majestad, os prometo solemnemente abandonar la piratería. Estoy cansado de ello, porque últimamente hasta las espacionaves mercantes iban armadas. Y uno no puede aprovecharse de una nave a la que antes ha disparado un torpedo. Casi todas vuelan fulminantemente. Tenemos que acercarnos a ellas, arriesgándonos el pellejo y, a la larga — sonrió cínicamente el pirata—, eso consume la salud.

—Sigue, sigue, no te interrumpas — exclamó Sharyk, muy impaciente.

—Quiero la nave para dedicarme al comercio honrado. Ahora bien, todo mi capital estaba con la nave que se quedó allí.

—¿Y el producto de tus robos? — terció bruscamente el coronel.

—¡Qué poco conoce usted al rey Kelfax!—rió amargamente Biardos—. Prácticamente estábamos a sueldo de él, ¿sabe? últimamente nos daba una miseria por lo que obteníamos y...

Por el brillo de los ojos de Biardos y la ceñuda expresión de su rostro, Sharyk dedujo instantáneamente lo que estaba pensando el pirata.

—Estoy seguro —dijo pausadamente — de que no tendrías otro placer mayor que el de retorcerle el pescuezo a ese viejo canalla, ¿verdad?

El pirata le miró fijamente.

—Habéis dado en el clavo, Majestad. La nave, doscientas cincuenta mil monedas de oro para emprender un negocio honrado... ¡y Vayra será vuestra nuevamente!

—Trato hecho — exclamó el joven impulsivamente.

—¡Un momento! —dijo Brondar—. Las promesas se hacen muy fácilmente. Lo difícil es cumplirlas. ¿Qué das tú a cambio de lo que te da el Emperador?

—El modo de llegar a Znad sin riesgo alguno —contestó firmemente el pirata.

—¿Qué garantías nos ofreces de ello, Biardos? — insistió el coronel.

—Una nave que se aproxima a Znad sin propósitos definidos es muy probable, casi seguro, que sea destruida sin misericordia por las patrullas de Kelfax —dijo el forajido.

—Pero tú ibas y venías de Znad siempre que querías, Biardos —dijo el coronel.

—Naturalmente. Como unos cuantos de mis... llamémosles colegas, los cuales, al igual que yo, tienen el paso franco con sólo pronunciar ciertas palabritas.

—Una contraseña, ¿verdad? —preguntó Sharyk, y como el pirata

asintiera, continuó—: ¿Cuál es? Dínosla.

Pero Biardos movió vigorosamente la cabeza.

—Lo siento, Majestad. Confío en vos; pero, a pesar de todo, no quiero correr ningún riesgo. Esa contraseña es mi salvaguarda y la garantía de que cumpliréis lo pactado.

—Por mi parte puedes estar seguro de ello, Biardos—afirmó el joven.

—Él está seguro de nosotros, Sharyk; pero ¿lo estamos nosotros de él? ¿No se tratará de una trampa?

Biardos enseñó las palmas de sus manos, vacías.

—Ésta es mi respuesta y mi garantía. Vosotros estáis armados, yo no. Si dudáis de mí, si veis en mi algún gesto sospechoso, podéis disparar. Pero yo os aseguro que no será necesario. ¡Llegaréis a Znad sin el menor contratiempo.

Las últimas palabras del pirata fueron pronunciadas en un tono tal que a Sharyk no le cupo la menor duda de que Biardos cumplirla con su parte del trato. Hubo después un corto intercambio de frases, procurando ambas partes de asegurar mutuamente el cumplimiento del pacto, y luego Sharyk, en silencio, se acercó a una de las lucernas.

Desde allí contempló el obscuro y centelleante espacio. El corazón le latía con violencia. Por fin iba a encontrarse de nuevo con Vayra. Doce meses habían pasado, pero su amor por la bellísima joven no había menguado con la ausencia, antes había crecido en proporciones devastadoras.

Al joven no le importaba en absoluto la traición cometida por Vayra; en aquel momento hubiera dado todo cuanto poseía, su corona incluida, por tenerla a su lado. Y suspiró con un poco de rabia cuando pensó que aún había de tardar más de cuatro semanas en llegar a Znad, antes de que tuviera una posibilidad de verla. Era imperativo de todo punto llegar allí sin ser reconocido y no podía hacer otra cosa que esperar a que le creciese la barba.

Treinta y dos días más tarde una patrulla znadiana les dio el alto.

CAPÍTULO VI



ADIE les puso el menor impedimento una vez hubo pronunciado Biardos la palabra mágica que servía de contraseña. El jefe de la patrulla intercambió con el pirata unas cuantas bromas de dudoso gusto acerca de los desgraciados que habían tenido la mala suerte de interponerse en su camino. Aunque, bien mirado, concluyó, era un honor para ellos contribuir a llenar las arcas reales.

La nave aterrizó en el colosal astropuerto de Znad. Allí era muy conocido Biardos y muchos individuos de los pertenecientes al personal de tierra le saludaron alegremente. Biardos correspondió y luego los tres hombres se dirigieron hacia una de las dependencias.

Por común acuerdo, y mientras que tuviesen que tratar con alguno de los znadianos, Biardos era el que debía llevar la voz cantante. El pirata, pues, se entrevistó con un funcionario en presencia de Sharyk y Brondar.

—Escucha, Yolin —dijo el pirata, apoyándose con indolencia en la mesa tras la cual estaba el hombre—. Éstos son mis amigos —y dio un par de nombres imaginarios—. Amigos y socios en la empresa, para lo sucesivo. ¿Me comprendes?

Yolin, un individuo de facciones abotagadas y ojos perezosos, asintió.

—¿Y los otros?

Biardos hizo una mueca.

—Se los llevó el diablo. Tropezamos a quince meses luz de aquí con una trampa. Ya sabes tú lo que son las trampas: una astronave de pacífico aspecto, que te suelta de repente una andanada de torpedos y... Cortamos el paso de uno. Si no te imaginas el resto...

—Me lo imagino, Biardos —dijo Yolin con cara de todo lo contrario.

—Bien, el caso es que gracias a esta pareja estoy aquí. Quieren tomar parte en el oficio, ¿sabes? Por mi parte no tengo el menor inconveniente, pero necesito ir a la ciudad para encontrar tres tipos más. Una tripulación de seis es lo que más conviene en una empresa de esta índole. Y tú vas a ser tan bueno que nos vas a facilitar la entrada en la ciudad mediante un artefacto que nos evite ir hasta allí a pie. ¿Verdad que sí, Yolin?

Biardos terminó su poco velada insinuación deslizando sobre la mesa un

fajo de billetes, papel moneda aurificado, de alta denominación todos ellos.

La blanducha mano de Yolin hizo desaparecer el dinero con tanta rapidez que Sharyk se quedó boquiabierto.

—Id hacia la salida — murmuró Yolin monótonamente—. Allí encontraréis el vehículo.

Biardos asintió.

—Gracias, Yolin. Sabía que podía confiar en ti. ¿Vamos, muchachos?

El trío se dirigió hacia la salida. El movimiento de vehículos que iban y venían hacia la capital era incesante y por encima de sus cabezas rugían las astronaves que despegaban o se disponían a aterrizar. Las dimensiones del astropuerto eran gigantescas y sus pistas parecían terminar en el horizonte. Una intensa actividad reinaba por todas partes.

Un hombre les salió al encuentro.

—¿Biardos?

El pirata asintió.

—Yo mismo, hermano.

—Ése es vuestro coche. Podéis disponer de él mientras permanezcáis en Znad. Cuando os vayáis, devolvedlo nuevamente a Yolin.

—O. K., hermano —dijo Biardos negligentemente, a quien se le habían pegado algunas expresiones lingüísticas peculiarmente terrestres.

El vehículo era un sencillo monorrueda de cuatro asientos, descubierto. Biardos se sentó en el lugar del conductor, Sharyk a su lado y Brondar en el asiento posterior.

Estaba anocheciendo. A lo lejos, un vago resplandor indicaba la proximidad relativa de Znad. El coche no necesitaba utilizar los faros, puesto que toda la autopista estaba brillantemente iluminada.

Biardos puso en marcha el vehículo. Sorteó unos cuantos que iban o venían y luego se lanzó a toda velocidad por la autopista adelante.

Media hora más tarde llegaron a Znad. La ciudad era un ascua de luz y su vida nocturna era intensísima. Los znadianos estaban muy adelantados pero, en comparación con otras capitales de su imperio, Sharyk encontró aquélla pobre y descuidada en cuestiones urbanísticas, pese a sus apariencias de limpieza y pulcritud.

Biardos detuvo el coche frente a un pretencioso edificio.

—Mientras que estamos en Znad, convendría que se alojasen aquí. Y dispense vuestra Majestad por la supresión del tratamiento, pero no sería

conveniente que nos descubriesen por un detalle de tan poca importancia.

Sharyk asintió. Después, en unión de Brondar, echó pie a tierra.

—Les veré cuando convenga. Mientras tanto, procuren no moverse del hotel o de sus inmediaciones. ¡Adiós!

Y dicho esto, el pirata pisó el acelerador y se esfumó rápidamente.

Sharyk y Brondar penetraron en el «Hotel de los 11 Planetas». Pidieron una habitación con dos camas y un empleado les condujo hasta ella.

En la puerta, el individuo quedó con la mano abierta, en actitud harto significativa. Sharyk entendió lo que el hombre quería decir y depositó en ella una moneda.

—Gracias —dijo el empleado—. Si quieren divertirse sigan mi consejo: vayan a «El Pirata Estelar». Es lo mejor de la ciudad — y el individuo terminó con un cínico guiño de ojos, después de lo cual cerró la puerta.

Cuando se hubieron quedado solos, Sharyk y Brondar se dedicaron al aseo personal. Pidieron la cena en la misma habitación y mientras comían se dedicaron a analizar la situación.

—¿Crees que Biardos nos engañará? — preguntó el coronel al cabo de unos momentos.

Sharyk movió la cabeza.

—No. No lo creo. Por su propio interés, no le conviene engañarme. Nunca me ha gustado ufanarme de tal posición, pero creo valer, dentro de nuestro Sistema Estelar, un poco más que Kelfax.

—Mirándolo desde este punto de vista, tal vez, pero... — y Brondar meneó la cabeza con pesimismo—. Esta gente no son nunca de fiar. Ahora estamos en la guarida de Kelfax. ¿Quién nos garantiza que no se ha ido a él con el cuento?

—Sí, es muy posible. Pero tampoco es cosa que le convenga hacer.

—¿Por qué?

—Colócate en el puesto de Kelfax, Brondar.

—Pues... no sé...

—Es bien fácil. Yo soy Kelfax. Viene un individuo y me dice que está aquí Sharyk, el Emperador. Muy bien. Yo tengo ganas de atrapar al emperador y liquidarlo para quitarme un estorbo de en medio o bien obtener un magnífico rescate. Pero estas cosas deben hacerse siempre sin publicidad, ¿lo entiendes ahora?

Brondar sonrió.

—¡Ajá! Una vez hubiera comprobado la veracidad de las manifestaciones del pirata, lo haría ahorcar. Testigos de esta índole son siempre molestos.

—Y Biardos es listo y sabe lo que le conviene. Por lo tanto, continuará siéndonos obligadamente fiel, aunque no sea más que en bien de la conservación de su propio pellejo.

—Visto desde ese ángulo, efectivamente; debemos confiar en el pirata. Y ahora, cambiando de tema: ¿por qué no nos vamos a ver qué sucede por ahí?

—«El Pirata Estelar», ¿verdad? —sonrió levemente Sharyk.

Brondar asintió y se puso en pie, En aquel momento, la puerta se abrió.

Los dos hombres se volvieron simultáneamente.

Alguien acababa de penetrar con gesto imperativo en la habitación. Era un hombre de uniforme negro, con divisas doradas, en cuyas hombreras se veían las insignias de capitán.

—Soy Snezy, capitán de las patrullas de vigilancia nocturna. Vuestra documentación.

El gesto de Snezy era seco, enérgico y estaba apoyado, además, por la presencia en la puerta de dos guardias que parecían sendas estatuas.

Sharyk se maldijo a sí mismo. Estaban en un aprieto ya que no podían presentar ninguna documentación ni tampoco, por supuesto, delatar su verdadera identidad.

Pero Brondar lo solucionó rápidamente.

—Estamos al servicio de Biardos —dijo.

—¿Biardos?

—Sí —concordó Sharyk—. Puedes preguntárselo a Yolin, el empleado del astropuerto. Él nos vio llegar junto con Biardos.

Snezy se frotó la mandíbula con aire dubitativo. De pronto tomó una resolución.

—Poneos aquí —dijo y les señaló un punto situado frente al fonovisor, de modo que el objetivo del aparato pudiera captar fácilmente sus imágenes. Luego dio el contacto.

Desde el lugar en que se hallaban, Sharyk y Brondar pudieron ver fácilmente la imagen del empleado. Éste les identificó cumplidamente, después de lo cual, el capitán cortó el contacto.

—Está bien —dijo, mirándoles, a pesar de todo, con aire suspicaz—. Estáis libres de ir donde os plazca.

—Gracias, capitán —dijo Sharyk; pero cuando Snezy daba media vuelta,

el joven exclamó—: Un momento, por favor.

Se le acercó, haciendo caso omiso de la singular mirada del oficial. Puso, con toda discreción, en la mano de éste un par de billetes muy bien doblados.

—La noche es larga, capitán, y a veces conviene hacer alto en algún lugar, ¿no es así?

Snezy sonrió ya con más amabilidad.

—Tienes mucha razón, amigo. Gracias y... si queréis pasar un buen rato, id a «El Pirata Estelar». Tiene muy buenas atracciones.

Cuando se hubieron quedado solos, Brondar exclamó:

—¡Uf! Vaya un mal trago que hemos pasado. Menos mal que el nombré de Biardos parece ser aquí una especie de talismán. De lo contrario... ¿Qué te ocurre, Sharyk? — se interrumpió el coronel, al ver que Sharyk tenía la mirada perdida en el techo.

—Estaba pensando— musitó el joven—, en que todo el mundo parece empeñado en llevarnos a esa taberna o lo que sea.

—¿Te refieres a «El Pirata Estelar», Sharyk?

—Sí. Ya son dos personas las que sin conocernos apenas, nos lo recomiendan.

—Razón de más para no ir y meternos inmediatamente en la cama.

—Al contrario; mi opinión es de que debemos conocer esa taberna sin falta alguna. ¿Vamos?

Salieron. En recepción preguntaron la situación del establecimiento. Estaba a corta distancia del hotel. Brondar refunfuñó amargamente, diciendo que en Znad se habían adoptado muchas de las costumbres terrestres, pero Sharyk no le contestó, limitándose a sonreír.

«El Pirata Estelar» era un local enorme, sostenido por tres o cuatro gigantescas columnas que sostenían otras tantas bóvedas, obscuras por el humo de los cigarrillos. La atmósfera era espesa y podía cortarse con un cuchillo.

Contra lo que el joven había esperado, la taberna carecía de lujo alguno. Sus mesas estaban sucias y las sillas cojeaban. Pero apenas si había un lugar libre en el cual poder sentarse; todo el recinto estaba ocupado por una espesa y abigarrada multitud que reía, cantaba y vociferaba, en tanto que en el centro, sobre un colosal tablado, una orquesta intentaba vanamente hacerse oír a través del maremágnum de sonidos que aturdían y mareaban con su infernal cacofonía.

Avanzando lentamente por entre la espesa muchedumbre, Sharyk y

Brondar pudieron llegar, al fin, a una mesa situada a corta distancia del tablado. Un camarero les sirvió displicentemente una botella de vino y los dos hombres se sentaron. Estuvieron estudiando detenidamente la multitud que les rodeaba.

Pasó un buen rato sin que ocurriera nada de particular. De pronto, las luces se apagaron súbitamente.

Sharyk y Brondar echaron mano a sus pistolas con gesto unánime, pues en Znad no existía ley alguna en cuanto al armamento particular de cada uno. Pero no fue necesario porque, casi de inmediato, un potente foco se encendió en el techo, justo sobre el tablado, arrojando sobre el negro suelo de éste un cegador círculo de luz.

Bajo el foco apareció la escultural silueta de una mujer, vestida con un traje que le cubría enteramente el cuerpo. Su rostro estaba cubierto por un velo que apenas si dejaba distinguir otra cosa que sus ojos, profundos, insondables, y algunos mechones de cabello rubio como el oro.

Hubo un instante de silencio y luego una tempestad de aplausos y silbidos estalló, atronadora. La mujer permaneció en la misma posición y luego saludó en todas direcciones con breves gestos de cabeza.

Empezó a cantar con una voz incomparable. El silencio ahora era absoluto y no se oía ni el vuelo de una mosca. Cientos y cientos de ojos estaban fijos en la mujer, centro de la atención general.

Cuando hubo terminado la canción, estalló otra ensordecedora salva de aplausos. La cantante saludó y cuando el silencio se hubo restablecido, volvió a cantar de nuevo.

Ahora no permaneció en el tablado. Había una escalera junto al mismo y la mujer descendió los peldaños y caminó de mesa en mesa, en tanto continuaba su canción, al mismo tiempo que esquivaba con un hábil movimiento o con un gesto suave las ávidas manos que se tendían hacia ella.

Al fin llegó a la mesa que ocupaban Sharyk y Brondar. Se detuvo allí unos momentos, sonriéndoles, pero esto sólo lo podían adivinar los hombres por el brillo de sus ojos.

Hubo un intervalo en la canción, durante el cual se oyeron unos compases de música entre estrofa y estrofa. Sharyk envaró su cuerpo, en tanto que las manos de Brondar se agarraban fuertemente al borde de la mesa.

—Váyanse, pronto, si quieren conservar la vida — susurró la cantante, la cual, acto seguido, se alejó de aquel lugar.

Durante unos segundos, Sharyk y Brondar permanecieron como petrificados; después, se miraron fijamente el uno al otro.

—¿He oído bien? — murmuró el coronel.

Sharyk abrió la boca para contestar.

Pero no pudo emitir el menor sonido. En aquel momento, las luces se apagaron bruscamente.

Hubo un instante de absoluto silencio. Después, estalló un ruido infernal.

Gritos y alaridos de todos los volúmenes se elevaron en la densa atmósfera del local. Crujidos alarmantes se dejaron oír, al mismo tiempo que se escuchaban algunos chasquidos, procedentes, de modo inconfundible, de las pistolas desintegrantes.

Sharyk y Brondar no fueron remisos en obrar. Alguien se arrojó sobre ellos, enarbolando un objeto duro. El joven pareció presentir el ataque y se echó a un lado. La mesa en que habían estado hasta entonces voló en astillas.

Inmediatamente se oyó un feroz alarido. Brondar había cogido por la garganta al atrevido y al mismo tiempo le clavó la rodilla en el vientre. Cuando el individuo se dobló hacía adelante, el coronel avanzó su cabeza usando de toda su fuerza y unos huesos crujieron siniestramente. El asaltante cayó de espaldas, fulminado.

—¡Vámonos de aquí! —gritó el joven, derribando de una brutal patada a otro entrometido.

Lucharon ferozmente contra la marea de hombres que trataban de impedirles el paso, Sharyk y Brondar ganaron un poco de terreno. Alguien, sobre el tablado, encendió una luz que iluminó una escena de general devastación, pero una silla voló por los aíres derribando la lámpara y al que la sostenía.

Algo cayó del techo con terrible estruendo. Aullidos de agonía se elevaron en los aires cuando una de las grandes lámparas que iluminaban el local se desprendió de sus soportes, aplastando bajo su peso a media docena de desgraciados.

Un objeto duro cayó sobre el hombro de Sharyk, derribándolo al suelo. El joven cayó, y fue levantado al instante por la poderosa y ágil zarpa del coronel.

—¡Gracias, Brondar! — gritó Sharyk.

Y al instante arremetió contra un individuo que les cerraba el paso, golpeándole repetidas veces el rostro hasta arrojarlo exánime al suelo.

Un pie se le incrustó en el vientre, haciéndolo doblarse sobre sí mismo, en tanto una violenta náusea de dolor le acometía con ferocidad. Dominándose avanzó con la cabeza gacha, sintiendo una especial satisfacción al notar el contacto de una cosa blanda contra su frente. Un hombre se desplomó, chillando y pataleando como si le hubieran degollado.

De pronto, las manos del joven tocaron algo duro, pero que no era pared. Tanteó aquello, dándose cuenta de que era la tela que forraba el tablado de la música. Por encima de él, unas cuerdas sonaron desatinadamente cuando algún objeto duro rompió el instrumento.

Se volvió sobre sí mismo, apoyando la espalda en el tablado. Brondar aullaba a su lado, renegando espantosamente cada vez que daba o recibía un golpe. Algo hendió el aire con un siniestro silbido y Sharyk se echó a un lado, percibiendo el característico sonido de un hacha o instrumento cortante al hender la madera.

Más golpes llovieron sobre los dos. El estruendo era insoportable.

De pronto, unos agudos silbidos resonaron por encima del escándalo general. Sharyk supo al instante que eran las patrullas de vigilancia que acudían a restablecer el orden.

Una luz se encendió tímidamente, arrojando una vaga penumbra sobre la sala. Casi en el mismo instante, Sharyk notó que una mano le tiraba de las ropas.

—¡Por aquí, pronto! —dijo una voz muy cerca de sus oídos.

Sharyk se volvió sin ver nada. La voz volvió a hablar.

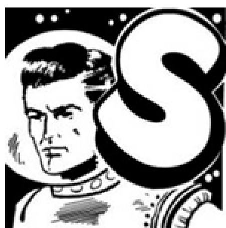
—Agáchense. Tengan cuidado; hay una escalera.

Sharyk agarró a Brondar, tirando de él, Los dos hombres se metieron por la abertura practicada en uno de los costados del tablado, la cual volvió a cerrarse apenas hubieron pasado.

Por unos instantes, el ruido de la bronca se atenuó notablemente.

Después, Sharyk sintió el contacto de una mano fina, cálida y suave al tacto. La mano tiró de la suya y el joven la siguió.

CAPÍTULO VII



HARYK alargó la mano y tocó la ropa de Brondar.

—Sígueme cuchicheó, y el coronel obedeció, cogiéndose al joven por el brazo.

Durante un rato que les pareció interminable, los dos hombres caminaron en tinieblas, siguiendo a la misteriosa mano cuyo propietario desconocían. Éste se detuvo súbitamente, en medio de una absoluta obscuridad.

—No os mováis —dijo.

No le contestaron.

Pero Sharyk no pudo contener un movimiento de sorpresa. ¡Era la cantante de «El Pirata Estelar»!

El joven quiso hablar, pero en aquel momento se hundió el suelo bajo sus pies. Se tambaleó, recuperándose al instante gracias al apoyo que le prestó Brondar.

Había un montacargas o ascensor que se hundía en las entrañas de la tierra con moderada velocidad. El descenso, sin embargo, no duró mucho.

La plataforma detuvo su marcha con suavidad. Unos segundos más tarde, una suave luz se expandía en el ambiente.

Sharyk y su compañero parpadearon hasta acostumbrarse a la débil iluminación. La cantante les dijo:

—Apártense un momento, por favor.

Obedecieron y al instante la plataforma volvió a elevarse sin que se advirtiera el mecanismo que la hacía funcionar. La cantante dijo lacónicamente:

—Electromagnetismo.

Cuando la plataforma hubo desaparecido, Sharyk miró en torno suyo.

El hueco del ascensor había sido substituido por un panel en el techo de la estancia en que se encontraban, la cual estaba someramente amueblada. Una mesita, dos o tres sillas y un par de divanes componían toda la decoración del lugar.

La cantante habló:

—Mi nombre es Shantee, Majestad.

—¡Me ha reconocido! — exclamó Sharyk, asombrado.

El velo continuaba ocultando las facciones de la mujer, que se adivinaban insuperablemente bellas.

Shantee rió argentinamente.

—Tengo mejor memoria que vos, Majestad, pese a que he tenido el honor de actuar ante vuestra presencia en una ocasión, Pero esto es cosa pasada. Lo interesante es que no he sido yo la única en reconoceros.

Sharyk se volvió, mirando especulativamente a Brondar.

—Las noticias se difunden en Znad con suma rapidez — comentó amargamente el joven. Luego miró otra vez a la cantante—: Shantee, déme una maquinilla de afeitar; la barba que me he dejado es completamente, inútil y no hay cosa que más me disguste que llevar las mejillas cubiertas de vello.

Shantee volvió a reír.

—Excusadme, Majestad, por no haber pensado en ese detalle. Pero a la primera ocasión que tenga, os la proporcionaré.

Brondar avanzó un paso.

—En lugar de dedicarnos al florilegio mutuo —rezongó—, más valdría que nos explicase lo que pretende hacer con nosotros. Había hoy —añadió ceñudo—, demasiada gente que parecía muy empeñada en enviarnos a «El Pirata Estelar». ¿Por qué?

Ella preguntó a su vez:

—¿Por qué están los dos aquí? —dijo Shantee.

Sharyk arrugó el ceño.

—Le agradecemos la oportuna intervención en favor nuestro, Shantee; sin embargo, nos agradaría mucho que nos explicase algunas cosas que para nosotros permanecen aún en la obscuridad.

—¿A qué ha venido vuestra Majestad aquí? — insistió la cantante.

Sharyk calló, dubitativo. Brondar masculló algo entre dientes.

—El Emperador anda tras una linda dama, Vayra de Dhagonia, ¿no es verdad? —dijo Shantee.

—¿Cómo lo sabe usted? — exclamó Sharyk impetuosamente, avanzando hacia la joven.

Ésta sonrió maliciosamente.

—Hay ciertas noticias — respondió — que no pueden ocultarse durante tanto tiempo.

—Hay muy pocas personas que saben lo que estoy haciendo — replicó el joven.

—¿De veras? —se burló Shantee—. ¿Lo creéis así, Majestad?

—¡Acabe de una vez, Shantee! Dése cuenta de la persona a quien está hablando—gritó Brondar.

—Muy bien —dijo la joven, y su tono se endureció un tanto—Hace ya doce meses que el Emperador falta de su residencia, unos días menos que la duquesa. Durante los tres meses anteriores, él y la duquesa sostuvieron un romántico idilio, como no es fácil ver en estos tiempos.

»Súbitamente, la duquesa abandona Sharykia. Y el Emperador desaparece apenas una semana más tarde. En todo este tiempo no se ha visto a ninguno de los dos, sobre todo a la duquesa. El paso del Emperador, sin embargo, ha sido señalado por algunos sitios, lo cual quiere decir que andaba buscando frenéticamente a Vayra. De repente, Su Majestad aparece aquí. ¿Qué es lo que puede deducir cualquier mente de mediano coeficiente de inteligencia?

Sharyk miró a Brondar.

—¿Deduces lo mismo que yo?

—Sí. Esta mujer sabe dónde está Vayra.

Sharyk movió la cabeza.

—¡No! No, según se mire, porque...

Repentinamente, sin que nada hiciera prever su brusco gesto, Sharyk saltó sobre la joven. La cogió con la mano izquierda, sujetando al mismo tiempo en el puño el velo y el cabello y con la derecha intentó arrancar el trozo de velo que cubría su rostro.

—¡No! ¡No! —gritó ella despavorida—. ¡Por lo que más queráis, Majestad!

—Vamos, estáte quieta — decía el joven, forcejeando con la cantante—. Después de todo lo sucedido... ¡Quieta, te digo! No trates de engañarme ni ocultarte tras un pedazo de trapo. ¡Tú eres Vayr...!

Sonó un grito agudísimo cuando Sharyk, al fin, hubo conseguido vencer la resistencia de la cantante. El velo quedó en sus manos, parcialmente rasgado.

Sharyk retrocedió un paso, espantado, horrorizado por lo que estaba viendo. A espaldas suyas, Brondar, que había estado divirtiéndose con la lucha entre la pareja, blasfemó.

—¡Gran Espacio! —exclamó Sharyk cuándo, al fin, hubo recuperado el

habla.

Las manos de Shantee cayeron laciamente a lo largo de sus costados. Miró a Sharyk con profundo rencor.

—Su Majestad estará satisfecho, sin duda, por lo que acaba de hacer, ¿no es así?

—Lo... lo siento — balbuceó el joven, tratando de no ver la horrenda deformación física que se advertía en el rostro de la cantante.

De la nariz para arriba, las facciones eran completamente normales. Pero el resto de la cara era un informe amasijo de carne y músculos, algunos de ellos sin piel, dejando el hueco suficiente para que una boca de aspecto horripilante pudiera hablar y cantar, pese a todo, con aquella voz tan seductora. La nariz también aparecía corroída en su parte inferior y los conductos nasales eran apenas dos agujeros suficientes para el paso del aire.

El conjunto, en sí, era terriblemente repugnante, tanto más cuanto que precisamente por el contraste, la parte superior, los ojos, cejas y frente, así como el cabello, brillante y magníficamente ondulado, eran bellísimos. Y el cuerpo, a juzgar por lo poco que podía adivinarse bajo el amplio vestido, tenía unas proporciones que hubieran causado envidia a la mismísima Venus de Milo.

Shantee alargó la mano, recuperando el velo que le había sido arrebatado. Se lo colocó en torno a la cabeza, tapándose de nuevo la cara.

—Le ruego me perdone, Shantee —dijo el joven, compungido—. No sabía...

—Ahora ya no tiene importancia, Majestad. Y, en medio de todo, os habéis convencido de que yo no soy la duquesa Vayra, ¿verdad?

Sharyk se pasó una mano por la frente que notó ardorosa.

—Sí. Pero... hubo un momento en que creí... Oh, repito que lo siento. ¿Qué podría hacer yo para compensaros de mi villana acción, Shantee?

—Nada, nada, excepto obedecerme si queréis recobrar a vuestra amada Vayra.

Los ojos de Sharyk brillaron con súbito fulgor.

—Do acuerdo, Shantee. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—De momento, esperar aquí mi vuelta, Majestad. Y lo mismo digo de vuestro compañero. Tengo que hacer unas gestiones...

—¡Esperad! ¿Qué sabéis de la duquesa? Contestadme; hace ya más de un año que no tengo noticias suyas.

—Las que yo conozco no tienen mucho de agradable, Majestad. Kelfax la

tiene en su palacio, magníficamente instalada, por supuesto, pero sin que este hecho la prive de su condición de virtual prisionera.

—¿Por qué no la suelta?

—¿No os lo imagináis, Majestad? Vayra es un rehén para Kelfax. Si habéis hablado con Biardos, podéis imaginaros lo que el rey de Znad espera de vos.

Sharyk apretó los puños.

—¡Ese... inmundo pirata! —mascculló. Luego se dio cuenta de una cosa—. ¿Por qué me ayudáis? ¿Por qué hacéis todo esto conmigo?

—La visión de mi rostro debiera bastaros para comprender. Kelfax me hizo torturar, sabiendo que yo conocía los hilos de una conjura de tipo político contra él. No pudo obtener de mi lo que quería, pero me dejó marcada para toda la vida. Por eso llevo el velo.

—¿Y la bronca de la taberna?

Shantee se irguió orgullosamente.

—Tengo muchos amigos, Majestad. Algunos se lo tomaron en serio; dispensadles los golpes que os dieron. Pero era necesario para que pudierais huir sin llamar demasiado la atención. Sabía que las patrullas de Kelfax os andaban buscando. Ahora andarán locos tras de los dos, sin poder imaginarse siquiera dónde os escondéis.

—La policía de Kelfax nos busca. Eso quiere decir que sabe que estamos en Znad. ¿Nos habrá delatado Biardos?

Brondar sacudió la cabeza.

—No lo creo. A su manera, y aunque no sea más que por el dinero, nos es fiel.

—Pero si nos busca en el hotel no nos encontrará— objetó Sharyk.

—Dejadlo en mis manos. Tengo amigos que lo son también de Biardos. Ellos se encargarán de advertirle de vuestra situación.

Sharyk se acarició la mandíbula.

—Parece ser que Kelfax no es muy querido entre los suyos.

Shantee hizo un gesto de desprecio.

—Aquí no somos muy escrupulosos con ciertos métodos de ganar el dinero, Majestad. Sin embargo, lo que no toleramos es la opresión y la tiranía. Bien — concluyó la joven, cuyo aspecto, con el velo echado, no podía ser más seductor—; quedad aquí. Antes de mañana habréis tenido noticias mías. Junto a ese diván tenéis un armarito con comida y bebida. ¡Adiós!

La cantante desapareció por una puertecita hábilmente disimulada en el muro y que volvió a cerrarse apenas hubo traspasado ella su umbral.

Entonces, Sharyk se volvió hacia su compañero.

—¿Qué opinas de todo este jaleo, Brondar?

—Un poco peliagudo lo encuentro. Pero, por lo menos, no deja de tener ciertas ventajas para nosotros.

—¡Hum...! —mascullo el joven—. No sé, no sé... Este odio hacia Kelfax no me acaba de convencer mucho...

—Ella parece sincera, Sharyk.

—Sí, pero... La he estado estudiando mientras hablaba. Dijo que no eran muy escrupulosos. Esto significa que a ellos les importa un rábano que Kelfax se dedique, de manera más o menos encubierta, a la piratería espacial.

»Luego habló de opresión. Para mí, en su caso, vale tanto como decir que Kelfax es un tipo que no reparte sus ganancias con nadie. Y éstos, si quieren sublevarse contra él, no es precisamente por una tiranía más o menos dura, sino por colocarse en su lugar y mojar el pan en la miel que ahora les está vedada.

Brondar se echó a reír.

—Posiblemente sea así. Sin embargo, esto no debe importarnos, Sharyk, si con ello rescatamos a Vayra. Aunque... después de la traición que cometió, dan ganas de cedérsela a Kelfax.

Sharyk se estremeció.

—¡No, Gran Espacio! He de castigarla, pero jamás haría cosa semejante con una mujer. Si se merecía la muerte, que la padeciera sin dolor. Pero torturarla de modo tan sádico y refinado, ¡eso, jamás!

Después de aquello, la conversación fue languideciendo hasta apagarse por completo. Fatigados, buscaron cada uno su respectivo diván y se acostaron, después de rebajar la intensidad de la luz.

Continuaron charlando todavía durante unos momentos, pero un cuarto de hora más tarde ya se habían dormido profundamente.

Sharyk fue el primero en despertarse. Consultó el reloj en la penumbra y vio que había dormido más de nueve horas. Él estómago le aguijoneó entonces.

El ruido que hizo al levantarse despertó a Brondar. Éste se incorporó bostezando aparatosamente.

—¡Vaya! —exclamó el dhagonita—. Parece que se nos fue la mano en el sueño, ¿eh?

—Así es — repuso Sharyk, el cual movió el interruptor, dando más luz a la estancia. Tanteó por las paredes hasta hallar lo que buscaba: una pequeña puerta que daba a un diminuto lavabo.

Se duchó, lamentando no poderse cambiar de ropa. Al terminar, Brondar le siguió y mientras éste se aseaba, Sharyk buscó comida.

Desayunaron fuerte. Eran jóvenes y tenían apetito y procuraron saciarlo. Al terminar, se sintieran satisfechos.

No obstante, Sharyk no estaba contento del todo.

—¿Por qué? — inquirió Brondar, al enterarse.

—Shantee debía haber venido ya, ¿no te parece?

Brondar se encogió de hombros.

—Déjala. Supongo que sabrá lo que se hace. En todo caso, siempre estamos a tiempo de largarnos de este lugar.

—¡Hum!... —masculló el joven—. Después de lo que ha sucedido, deberíamos, fuera de aquí, andar con mucho cuidado. Este Kelfax es un tipo de cuidado. ¿De qué nos ha servido dejarnos la barba? Apenas habíamos llegado a Znad y ya sus patrullas nos estaban buscando.

—Tienes razón—concordó Brondar—. En el plan que nos hallamos, mejor es permanecer aquí, aguardando a Shantee.

Pero la espera se prolongó durante todo el día y la noche siguiente, aunque dentro de aquella habitación no se percibieran los cambios atmosféricos. Veinticuatro horas más tarde, los dos compañeros empezaron a ponerse nerviosos.

—Doy de plazo hasta la noche —dijo Sharyk consultando una vez más su reloj—. Si para entonces no ha llegado la cantante, nos iremos de aquí, sea donde sea.

—De acuerdo. Es preferible hacer cualquier cosa antes que consumirse en esta inacción forzada.

El tiempo transcurrió lentísimamente, haciendo que el día les pareciera inacabable. Pero a la hora fijada, después de cenar, Sharyk anunció su propósito de llevar a la práctica la idea concebida.

—Muy bien — accedió Brondar—; me parece que ya hemos esperado bastante. ¡Andando!

Sharyk se fue hacia el muro en donde había visto desaparecer a la Joven. Tanteó con las manos la pared, sin poder hallar la menor protuberancia que le indicara la forma de salir de allí.

—¡Estamos encerrados! —exclamó.

Brondar frunció el ceño.

—Esto no me gusta un pelo, Sharyk. ¡Apártate de ahí!

—¿Qué piensas hacer?

Brondar tenía ya la pistola en la mano.

—Volar la puerta. Cualquier cosa antes de que me consideren como un ratón dentro de la jaula. ¡Échate a un lad...!

Brondar se interrumpió. La puerta empezaba a abrirse.

Bajó la mano armada, aunque sin enfundar la pistola.

Bruscamente, la puerta se abrió de par en par y un gran bulto fue arrojado al centro de la estancia por alguien a quien, de momento, era imposible ver.

Sharyk lanzó un grito de sorpresa. El bulto chocó sordamente contra el suelo y entonces, las ropas que lo cubrían cayeron a un lado.

Brondar juró hasta que sus pulmones quedaron vacíos de aire. Por su parte, Sharyk se sintió incapaz de emitir el menor sonido.

Delante de ellos, a sus mismos pies, yacía el cadáver de Shantee.

En cierto modo, lo de menos era que hubiera muerto la joven. Lo importante eran las horribles marcas que se veían en numerosas regiones de su cuerpo, casi desprovisto de ropas y que indicaban los atroces tormentos a que había sido sometida la muchacha antes de morir de tan espeluznante manera.

La sorpresa de ambos fue tan grande que, durante unos momentos, no supieron qué hacer. Cuando se recobraron, era ya tarde.

Un pelotón de hombres fuertemente armados, penetró rápidamente en la habitación, cayendo sobre ellos. Sharyk y Brondar lucharon con las fuerzas que les infundía la desesperación, y aunque consiguieron derribar a alguno de sus enemigos, al final acabaron sucumbiendo al número.

Les levantaron y les ataron las manos a la espalda, todo esto sin que ninguno de sus atacantes emitiera una sílaba. Cuando estuvieron listos, los empujaron.

CAPÍTULO VIII



BRIÓSE una puerta y los dos hombres fueron arrojados por ella. Cayeron sobre una rampa inclinada y, sin poderse detener, resbalaron aparatosamente, volteando brazos y piernas durante cinco o seis metros, hasta detenerse en un suelo nada blando.

Brondar juró hasta que le faltó el aliento. Por su parte, Sharyk emitió unas cuantas interjecciones de duro tono, prometiendo colgar de un poste a Kelfax en cuanto le echara la zarpa encima; pero una semana más tarde, los dos amigos todavía estaban en el fondo de aquella mazmorra, sin la menor esperanza de salir.

Apenas si tenían luz. Un redondo orificio, de unos veinte o treinta centímetros de diámetro, se hallaba situado a siete metros por encima de sus cabezas, proporcionando la abertura suficiente para que la cueva estuviera sumida en una poco grata penumbra que apenas permitía la visión y que el aire pudiera renovarse. Por lo demás, las condiciones eran mínimas: un montón de trapos usados y sucios era todo el mobiliario de aquella celda carcelaria que más parecía un oscuro pozo de acceso al infierno.

Brondar golpeó con sus puños la dura roca de la pared.

—¡Que me den un arma! — gritó, exasperado—. Una pistola, una espada, un puñal... Cualquier cosa, aun la muerte, antes de permanecer encerrado un minuto más en esta mazmorra.

—¡Cálmate, Brondar! —le, recomendó el joven, en cuyo rostro aparecían impresas las huellas causadas por el encierro—. Con gritar y desesperarse no conseguiremos nada. Es preciso tener...

—... paciencia, ¿verdad? —se burló el coronel—. Eso se dice pronto, Sharyk, pero es muy difícil de cumplir. Yo ya estoy harto de encierro y quiero salir de aquí, al precio que sea.

—Esperemos un poco más. Aquel patrullero debe de ser amigo.

Brondar rió amargamente.

—Pues nos ha olvidado bien pronto, Sharyk.

—Ya vendrá. Quizá, en el momento en que menos lo esperemos. Que hayan pasado ya ocho días no es razón para que desesperemos de él. Ten un

poco más de paciencia. Con gritos y golpes a los muros no adelantaremos nada.

Brondar acabó por asentir a las razones del joven. Se apoyó de espaldas en la pared y luego, con el ceño fruncido, murmuró:

—Me gustaría saber qué es lo que piensan hacer con nosotros, Sharyk.

Éste se encogió de hombros.

—Ya puedes figurártelo. Este encierro es una añagaza de Kelfax. Con ello espera «ablandarnos» los nervios y luego nos tendrá por entero en sus manos, como una fruta madura. Cuanto más tiempo pase mejor para él y, por supuesto, peor para nosotros.

—¿Nos torturará como a Shantee?

Sharyk se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo responderte a esa pregunta, Brondar? Lo mismo puede torturamos, que mandarnos matar, que...

Sharyk se interrumpió de pronto. Un prolongado rugido acababa de llegar a sus oídos.

Los dos hombres miraron hacia arriba, de modo instintivo. El bramido aumentó de volumen y súbitamente se convirtió en una explosión de raros tonos, que se deshizo en el brusco chasquido de una cascada de agua.

Un tremendo torrente, de líquido hizo irrupción a través del estrecho ventanillo. Pero como éste medía unos treinta centímetros, el caudal del líquido, que ocupaba todo el diámetro del orificio, resultaba enorme.

El estruendo dañaba los oídos. En un segundo el agua llenó por completo el suelo de la celda y luego comenzó a ascender de nivel rápidamente.

Durante unos segundos, los dos amigos se miraron mutuamente, incrédulos ante el fenómeno que estaba sucediendo de modo tan insólito. Pero la cantidad de agua que caía era tan grande y con tanta rapidez, que antes de que pudieran darse cuenta; ya tenían las rodillas mojadas.

—¡Nos quieren ahogar! — gritó Brondar, con los ojos brillantes por la ira.

Sharyk asintió, mirando el refulgente chorro de líquido que continuaba fluyendo con estruendo ensordecedor.

—Por lo que respecta a mí — contestó acercando su boca al oído de su compañero, pues de otro modo era imposible hablar—, antes practicaré la natación. ¡Vamos ya!

Apenas pronunciadas tales palabras, Sharyk sintió que el agua le llegaba ya al pecho. Un segundo más tarde, hubo de mover brazos y piernas para mantenerse a flote. Brondar le imitó, nadando vigorosamente.

Bruscamente, mil helados puñales le atravesaron la piel. En el primer momento, Sharyk no supo a qué se debía tan extraño fenómeno, pero el cambio de tono del agua al caer y el contacto con algo duro que flotaba sobre el movedizo líquido, se lo aclararon bien pronto.

—¡Hielo! —gritó.

Mezclados con el chorro de líquido, infinidad de fragmentos de hielo de todos los tamaños, caían al interior de la mazmorra. La temperatura del agua, que en un principio había sido soportable, bajó rapidísimamente.

Durante unos segundos, lo único que cayó allí dentro fue hielo. Hielo en fragmentos de todos los tamaños, desde el que apenas era como la uña de un dedo hasta el que casi no podía pasar a través del ventanillo. Pero su entrada era incesante, ininterrumpida.

Después, el agua se mezcló con el hielo, ateriendo los cuerpos de los dos hombres. Sharyk y Brondar flotaban en un mar de diminutos témpanos que, además de helarles el cuerpo, les dificultaban notablemente los movimientos necesarios para mantenerles a flote.

Sharyk notó que la temperatura de su cuerpo descendía rápidamente, en especial la de sus extremidades, manos y pies. Los labios se le helaron asimismo y sus gestos natatorios fueron perdiendo agilidad.

Pero el agua no cesaba de caer, mezclada continuamente con hielo. El nivel ascendió rápidamente y un cuarto de hora más tarde, los dos hombres tocaban ya con sus cabezas el techo de la mazmorra.

—¡Este... es el fin! —jadeó Brondar, el rostro lívido por la bajísima temperatura que ahora reinaba allí dentro.

Sharyk asintió con lentos movimientos de cabeza. Apenas si podía mover ya los brazos y sus manos golpeaban, a cada gesto que hacía, los trozos de hielo que formaban una espesa capa que llegaba a más de dos metros bajo la superficie del líquido.

Los trozos de hielo empezaron a unirse entre sí. Sharyk reanudó la velocidad de sus movimientos, para evitar verse envuelto en aquella capa, pero el frío empezó a ganarle la partida.

Brondar dejó de moverse. No se hundió, sino que quedó sostenido por el hielo, que formaba ya una capa casi continua.

—¡No... no puedo... resistir... más! — castañeteó los dientes.

Sharyk no contestó; ya no le quedaban fuerzas para hablar. Una dulce somnolencia le invadió y casi sin darse cuenta de lo que hacía, apoyó la cabeza en un trozo de hielo.

El ascenso de nivel del agua hacía ya rato que se había detenido. Ahora,

con la capa de hielo, llegaba hasta unos treinta o cuarenta centímetros a lo sumo del techo. Sharyk pensó que no sabía decir cuál de las dos muertes iban a padecer: si la del frío o la asfixia, pues la capa de aire que había entre el nivel del líquido helado y el techo era delgadísima y el oxígeno en ella contenido se agotaría rápidamente.

Súbitamente, cuando ya desesperaban de todo, aquella masa de agua y hielo empezó a descender. Sharyk levantó la cabeza, esperanzado.

—¡El... agua... baja... Brondar...! —exclamó, sintiendo una terrible dificultad en el hablar.

Así era, en efecto. Y lo hacía con tanta rapidez, que, a pesar de que estaban casi totalmente rodeados por el hielo, pudieron percibir el movimiento de succión del orificio por donde se escapaba el líquido.

El final les llegó de una manera imprevista. Tocaron el suelo con tal brusquedad que las piernas se les doblaron como si hubieran caído desde la altura. Pero todavía había hielo en el suelo como para formar una capa de unos cincuenta o sesenta centímetros de grosor.

Tiritando de frío, castañeteándoles los dientes, los dos hombres se pusieron en pie.

—¡Muévete! ¡Sacúdete! — le gritó Sharyk a Brondar, empezando él a dar ejemplo para no helarse de frío allí mismo.

Todavía les aguardaba otra sorpresa. Súbitamente, el hielo empezó a fundirse con rapidez, convirtiéndose en agua.

Un calor insoportable se expandió por la mazmorra. No se sabía su procedencia, pero llegaba de todas partes y era tan intenso que en un cuarto de hora escaso fundió totalmente el hielo. El agua resultante escapó por un agujero invisible para los dos hombres y en pocos momentos el suelo de la mazmorra quedó, así como sus ropas, totalmente enjuto.

—¡Ésta es buena! —masculló Brondar—. Primero el frío, después el calor. ¿Qué nos reservarán para después?

La temperatura aumentó ahora de modo espantoso. Contrastando con lo sucedido pocos momentos antes, los rostros de Sharyk y Brondar tenían un color rojo pronunciado, en tanto que por todos los poros de su cuerpo brotaban arroyos de sudor. Si el tormento del frío era malo, aquél era insoportable.

Se ahogaban. No podían respirar y era inútil que manoteasen para darse aire, porque lo único que conseguían con el ejercicio era aumentar la temperatura de su cuerpo. Al fin, exhaustos y abatidos, se rindieron, dejándose caer en el suelo, sin fuerzas para mover las pestañas tan siquiera.

Más tarde la temperatura recobró su normalidad. Pero entonces fue otro el

tormento que les aplicaron: el ruido.

Parecía como si hubiera dentro de la mazmorra un centenar de altavoces distribuidos por cada una de sus piedras. Silbidos, chasquidos, campanazos, chirriar de timbres, crujidos, alaridos, todo ello en un volumen insoportable, les fue arrojado a los tímpanos, atravesándoles las manos que se ponían sobre las orejas para impedir el paso de los ruidos. Su volumen era tan grande que notaban incluso las vibraciones en el cuerpo.

El sufrimiento era inmenso. Se revolcaron por el suelo, lanzando alaridos de puro dolor que no podían escuchar porque el mismo estruendo los apagaba. A última hora llegaron a la pérdida del conocimiento y entonces cesó todo el estrépito.

Pero el tormento no había cesado. El silencio les resultó tan doloroso como el estruendo mismo. Quedaron tendidos en el suelo, jadeantes, aturdidos, incapaces de moverse, ignorando, en su atontamiento, si estaban vivos o muertos.

Súbitamente un sordo bramido conmovió el ambiente. El suelo empezó a moverse, agitándose tremendamente. Sharyk y Brondar fueron lanzados de un sitio para otro, viendo, enloquecidos, que las paredes se curvaban y abombaban, como si las sacudiera un terremoto. Toda la ergástula se movía de un modo desenfrenado, como si estuviera dentro de las manos de un gigante y éste se entretuviera en agitar la celda para su diversión.

Cuando el nuevo tormento hubo cesado, Sharyk y Brondar eran dos guiñapos humanos que, tendidos en el suelo, gemían y babeaban inconscientemente. Quedaron allí, incapaces de hacer el menor gesto.

Más tarde volvió el agua y el hielo. Después el calor y luego el ruido y las sacudidas. Y así, durante un período de tiempo que ninguno de los dos hombres supo apreciar, con breves alternativas de descanso, durante las cuales les era arrojada por el ventanillo una poca comida para que pudieran mantener unas fuerzas que les huían de día en día.

Pasó un tiempo cuya duración no supieron calcular. Después de la sesión sísmica aguardaron la del agua y el hielo. Pero esta vez no vino a las pocas horas, como aguardaban.

Los dos hombres eran una sombra de sí mismos. Pálidos, barbudos, demacrados, apenas si podían sostenerse sobre sus piernas. Desde que cesó la última etapa de tortura estaban en el suelo, sin ánimos para otra cosa que no fuera ejecutar los movimientos naturales de la respiración.

Bruscamente un trozo de muralla se abrió. Antes de que se dieran cuenta de lo que les sucedía, una tropa de hombres armados se les arrojó encima.

Débiles como estaban, no pudieron oponer la menor resistencia. Además, habían llegado a un estado tal que les resultaba ya indiferente todo cuanto

pudiera ocurrirles.

Los soldados se los llevaron en volandas hasta una habitación brillantemente iluminada y, en comparación con la ergástula que acababan de abandonar, ricamente amueblada.

Allí, varios hombres desarmados los tomaron por su cuenta. Sin que nadie contestara a sus preguntas, en las cuales hubieron de cesar por cansancio natural, les bañaron, asearon y raparon la barba, vistiéndoles a continuación con ropas limpias. Después les fue servida una substanciosa comida, a continuación de la cual uno de aquellos hombres les entregó a cada uno de ellos una copa mediada de un líquido rojo y transparente como el rubí.

—¡Bebed! —les ordenó secamente.

No opusieron resistencia. Sharyk y Brondar bebieron, sintiendo que, de inmediato, un fuego líquido les circulaba por las venas, restaurándoles en buena parte el vigor perdido.

—¿Qué es lo que vais a hacer con nosotros? — inquirió Sharyk—. ¿Ya sabéis quién soy yo?

El individuo se encogió de hombros con indiferencia.

—Soy un leal súbdito del rey Kelfax y me limito a cumplir sus órdenes.

—¿Que consisten en...?

—Llevaros a su presencia dentro de muy poco. Mientras tanto — siguió el hombre — quedaos aquí hasta que se os ordene.

Renovadas sus fuerzas, Sharyk sintió renacer de nuevo su ardor combativo.

—¡Soy el Emperador y exijo que me lleves inmediatamente a presencia de ese sucio bribón que es tu rey!

—Yo no sé nada de lo que me estáis diciendo. Si sois o no el emperador, haced la reclamación ante Kelfax. ¡Despejad esto!

El hombre agitó la mano y un par de servidores se aproximaron para recoger los cubiertos.

Sharyk sintió que una oleada de cólera le hervía dentro del pecho y, sin poderse contener, tomó un cuchillo de los que había encima de la mesa y saltó acto continuo hacia el individuo.

Le cogió por los cabellos, obligándole a echar con la cabeza hacia atrás, al mismo tiempo que le aplicaba el filo del cuchillo contra la garganta.

El esbirro palideció. Sharyk se echó a reír.

—Este cuchillo no tiene punta, pero más o menos algo corta y aunque me

costaría bastante, podría seccionarte la yugular. ¡Vamos, llévanos a presencia del bandido de tu rey!

Gotas de sudor resbalaron a lo largo de las mejillas del individuo. Sus rótulas entrechocaron ruidosamente.

—¡Por favor... tened piedad de mí, señor...! ¡Yo...! —pero en aquel momento una turba de soldados hizo de nuevo su aparición y volvió a someter por segunda vez a los prisioneros.

Sudorosos y jadeantes quedaron en el centro de la estancia, parte de cuyo mobiliario había sido destrozado por la lucha, rodeados por un círculo de fusiles desintegrantes sostenidos con firmes manos. Un hombre rompió el cerco y se adelantó.

—Vuestro gesto disgustará notablemente a Su Majestad—dijo, irritado—. ¡Vamos, llevadlos a presencia del Rey!

Fueron obligados a caminar mediante una lluvia de golpes y empujones que cayó sobre ellos de modo desconsiderado. Los soldados se arremolinaron en torno de los dos prisioneros, disputándose el dudoso honor de ver quién era el que asestaba el golpe más duro o más doloroso.

Salieron de la habitación, caminando por un ancho corredor, a cuyo final había una puerta que daba a una especie de cámara de unos cuatro metros en cuadro. Ellos en el centro y los guardias en torno suyo, pasaron todos al interior de aquella estancia, cuyo suelo resultó ser la plataforma de un ascensor que empezó a moverse inesperadamente hacia arriba.

El ascensor se detuvo. Todo el grupo salió fuera, dando a una enorme sala, en cuyo fondo se veía una especie de estrado con dos sillones. A derecha e izquierda de la misma había grandes ventanas, a través de las cuales se divisaba un magnífico panorama.

No tuvieron que esperar mucho. La puertecita se abrió y tres personas pasaron al interior del salón.

Una de ellas era un hombre de una obesidad increíble, cuyos movimientos eran naturalmente torpes a causa de su fenomenal gordura, la cual parecía doblemente mayor por las ropas flotantes que vestía.

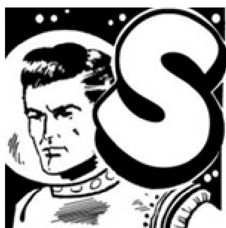
La otra persona era el oficial que había ido a buscar al gordo, en quien Sharyk y Brondar habían reconocido a Kelfax, rey de Znad. Y la tercera persona, en fin, era una mujer.

Pero antes de que Sharyk pudiera hacer ningún gesto, Kelfax levantó una mano. Y en el mismo instante el joven sintió que algo duro le tocaba el costado.

Una mano le oprimió nerviosamente el antebrazo. Entonces un escalofrío recorrió la espalda del joven, al mismo tiempo que sentía le era pasada una

pistola desintegrante por alguien a quien tenía a su costado.

CAPÍTULO IX



E produjo una tensa pausa de silencio. Unos y otros se miraron fijamente, en especial Vayra y Sharyk.

Al fin, Kelfax, el obeso rey de Znad hizo un gesto. La muchacha, obediente, se sentó a su derecha, muy rígida, pero sin separar sus ojos de los de Sharyk.

—Tengo entendido que te haces pasar por Sharyk, el emperador de Antares —dijo al cabo Kelfax, mirándole a través de sus párpados entornados.

—La mujer que tienes a tu derecha puede decirte si lo soy o no, rey Kelfax. Y mi compañero también.

—El Emperador llevaba un medallón del que nunca se separaba. ¿Dónde está?

—Me lo arrebataron. Esa mujer —dijo Sharyk, señalándola con la mano.

—¿Qué tienes tú que decir a eso? — inquirió el Rey, volviendo la cabeza hacia Vayra.

—Que es cierto — repuso ella, con un hilo de voz, muy rígida, completamente inmóvil y erecta en su asiento.

Kelfax rió guturalmente.

—¡Oh, Sharyk! ¿Dónde están la astucia y la inteligencia que tanto ponderaban tus servidores? Te dejaste engañar por una débil mujer que te arrebató lo que nadie había podido conseguir.

Sharyk se encogió de hombros.

—Posiblemente también a ti te habría ocurrido lo mismo, Kelfax. Pero esto es ya agua pasada. Lo que nos interesa ahora es: ¿Qué piensas hacer con nosotros?

—Yo tengo el medallón —dijo de repente Kelfax, inclinándose ligeramente hacia adelante—. Yo lo tengo y, por lo tanto, puedo proclamarme emperador.

—¿De qué te serviría? —dijo el joven—. ¿A quién ibas a amenazar con la joya?

—A tu enemigo Dhagón.

—Bien, pero ése es sólo el señor de un sistema. Contando con el tuyo, son dos. Te quedan once a los que subyugar y para éstos no tienes el arma del medallón. ¿Crees que el resto de los sistemas planetarios te obedecerían solamente, por el hecho de haberme matado a mí? ¿No es más seguro que se coaligasen todos contra ti para aplastarte?

—Tú no podrías verlo, Sharyk.

—Si piensas matarme, ¿por qué no lo has hecho ya, di?

Kelfax se echó a reír de nuevo.

—Estos días me he divertido mucho con vosotros. Puedo hacer que continúe la juerga, Sharyk.

—Son las tuyas unas amenazas tontas, vanas y estúpidas. El trono tiembla bajo tus pies y no sabes qué hacer para asentarlo firmemente. Has estado no sólo protegiendo, sino lucrándote con el producto de las expoliaciones de los piratas y corsarios del espacio y ahora temes que yo pueda castigarte como te mereces. Si hemos de hacer un trato, proponlo cuanto antes. Me desagradan los circunloquios inútiles.

—Muy bien —dijo Kelfax—; de acuerdo. Vayamos por el trato. Si fuera un tonto presumido, trataría de conquistar el corazón de Vayra. Es una chica guapa y muy hermosa y, lo que es mejor aún, muy buena. Pero no soy tonto, Sharyk, y sé reconocer las cosas. ¿Cómo podría pretender yo, un saco de grasa, el cariño de Vayra? Tú y ella, en cambio, os queréis. Te la entrego a cambio de...

Le interrumpió.

—No es ésa la clase de trato que yo esperaba de ti, Kelfax. Quiero a Vayra, es cierto; pero no puedo dejar que se sobreponga mi amor al cumplimiento de mi deber. Ella me engañó a mí y traicionó, además, a Dhagón, habiéndome robado el medallón para coaccionar a éste y arrebatarle su señorío sobre el Noveno Sistema. Olvidaré lo que has hecho hasta ahora si me la devuelves sin más condiciones. En caso contrario...

Una burlona sonrisa apareció en los labios de Kelfax.

—Estás en mis manos, Sharyk. En caso contrario, ¿qué harás?

Sharyk fingió meditar. Inclinó la cabeza y luego la levantó.

De pronto saltó hacia adelante.

Su gesto fue tan brusco que cogió desprevenidos a todos. Vayra no se pudo contener y gritó, aferrándose con fuerza a los brazos del sillón.

Kelfax intentó levantarse, pero era muy pesado. La mano izquierda del

joven cayó sobre su hombro, obligándole a sentarse de nuevo, al mismo tiempo que el cañón de la pistola se apoyaba en su sien.

—Parece que la cosa ha cambiado, Kelfax — rió duramente el joven—. Di a tus hombres que arrojen las armas, pero pronto. Me disgustaría tener que matarte, Kelfax.

Éste asintió, con el rostro cubierto de ceniza.

La acción del joven había sido tan rápida que todos los guardias habían sido sorprendidos y aunque algunos de ellos tenían sus armas a punto, ninguno se atrevía a disparar, temiendo ser menos rápidos que el joven.

—Todos menos uno: tú —dijo Sharyk, señalando al individuo que le entregara el arma—. Acércate. ¿Cómo te llamas?

—Wrouw, señor.

—Gracias, Wrouw. Tendré muy en cuenta esto que has hecho por mí.

—Olvidadlo, señor. Lo hice por mi hermana, Shantee.

El soldado pronunció las últimas palabras con acento de odio infinito, mirando airadamente al espantado Kelfax. Entonces comprendió Sharyk el porqué de los guiños del soldado y sus signos de inteligencia.

—Muy bien, Wrouw. Lamento no poder dejar el castigo en tus manos, pero hay unas leyes que regulan cierta clase de delitos y no podemos substraernos a ellas.

—Confío en la justicia de vuestros tribunales, Majestad —dijo sencillamente el soldado, inclinándose ante Sharyk.

Éste continuó:

—Bueno, dejémonos ya de palabras y pasemos a los hechos. Vayra, vendrás con nosotros a Sharykia, en donde responderás de las acusaciones que se te formulan.

—Estoy pronta —dijo ella, con voz impersonal y gesto mecánico.

Sharyk no dejó de extrañarse de la incomprensible actitud de la joven. Pero preocupado como estaba por salir cuanto antes de allí, no se detuvo mucho a pensar sobre ello.

—Kelfax — exclamó, dirigiéndose al gordo—, nos vamos a ir. Ahí tienes al oficial de tus guardias. Dile que nos deje marchar sin obstáculos. A menos que prefieras convertirte en un puñado de humo, claro está.

Kelfax le miró a través de sus párpados entrecerrados.

—Bien —dijo—, podéis iros. Nadie os molestará.

—El medallón — pidió secamente el joven.

Kelfax lo tenía puesto en torno al cuello. Se lo quitó y, después de contemplarlo unos segundos, lo devolvió al propietario.

—Una joya magnífica—dijo simplemente.

—Lo es — contestó Sharyk, pasando la cadena a través de su cabeza. Luego pasó por delante de los sillones, pero siempre apuntando con la pistola, que ahora tenía en la mano izquierda, a Kelfax, y alargó la derecha hacia Vayra.

—Vámonos.

Ella se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos, mirándole de un modo singular.

—Vamos — insistió Sharyk, ligeramente impaciente.

—No —dijo ella con laconismo que al joven le pareció absurdo.

Brondar ya estaba al lado de él y, juntó con Wrouw, cubría con su pistola al grupo de guardias desarmados.

Sharyk frunció el ceño.

—¿Qué te ocurre? Vámonos ya de una vez.

Pero la joven se replegó sobre sí misma en el asiento, al mismo tiempo que apretaba los brazos sobre su pecho y le miraba con infinita expresión de terror.

—Tienes miedo de que te castiguen en cuanto lleguemos a Sharykia, ¿eh? Bueno, es lo mismo; de nada te servirá... ¡Acabemos de una vez!

Vayra lanzó mi grito agudísimo al sentir sobre su cuerpo el contacto de la mano de Sharyk.

—¡No, no quiero ir! ¡Déjame! ¡Suéltame!

Aquello enfureció al joven, el cual, deseando terminar de una vez con lo que juzgaba una ridícula escena, pasó la pistola a Brondar.

—Sigue vigilando — exclamó—. Yo voy a ver si liquido esto.

Vayra se resistió frenéticamente y, aunque Sharyk estaba todavía muy débil, acabó por sucumbir. El joven se la cargó al hombro, sujetándola por las piernas con un brazo, en tanto que hacía caso omiso de los golpes que Vayra le descargaba en las espaldas.

—¡Quieta de una vez! —mascullo. Luego miró a Kelfax—. Espero cumplas tu palabra.

—Los tratos son los tratos —dijo indolentemente el obeso, reclinado sobre el sillón, en tanto que sonreía maliciosamente con una expresión que el joven no supo descifrar—. Podéis iros; nadie os molestará. Pero es muy

probable que luego tengáis que volver por vuestra propia cuenta.

—¡Yo no quiero irme! —chilló Vayra furibundamente, y Sharyk, exasperado, la dio un par de azotes que chasquearon sonoramente.

Brondar se echó a reír al ver la acción.

—Está bien, vámonos ya, Sharyk. Estamos perdiendo demasiado tiempo.

—¡No, Sharyk, no! ¡Por lo que más quieras, déjame aquí!

—¡Cállate ya de una vez! ¡Me estás aburriendo con tus protestas! ¿Vamos, Brondar?

—Al momento, Sharyk. Wrouw, ¿tú sabes dónde da esa puertecita?

—Sí — contestó el guardia, yéndose hacia el lugar señalado. Oprimió un botón y la puerta giró, dejando ver un estrecho corredor sumido en la penumbra.

—Pasad —dijo, echándose a un lado.

Sharyk lo hizo el primero, con Vayra sobre los hombros. La muchacha había cesado de protestar y sólo se oían ahora sus sollozos. Pero todo el empeño del joven era huir cuanto antes de allí, de modo que no prestó mucha atención al llanto de Vayra.

Los tres hombres caminaron rápidamente a lo largo del corredor. Éste, al final, no tenía ninguna salida, por lo que Sharyk se detuvo, frunciendo el ceño.

—¿Qué es esto? ¿Una trampa?

Wrouw no contestó. Tanteó con la mano el muro y casi al instante un lienzo del mismo se descorrió.

—No, un ascensor —dijo Wrouw, pasando dentro. Los demás le siguieron.

—¿Adónde conduce?

—Arriba hay una terraza donde el rey tiene sus helicópteros. Con uno de ellos podremos trasladarnos al astropuerto y...

Wrouw se interrumpió bruscamente, al mismo tiempo que Brondar lanzaba un juramento.

Por su parte, Sharyk sintió que el suelo le fallaba bajo los pies. Perdió el equilibrio y cayó, arrastrando en su caída a la muchacha.

—¿Qué es esto? — gritó.

Nadie le contestó. Los demás también habían perdido el equilibrio y habían rodado en confuso montón por el suelo.

En lugar de subir, la plataforma descendía con vertiginosa velocidad,

pareciendo que se desplomara al fondo en caída libre. Sharyk temió durante unos momentos un fallo en el mecanismo del aparato, pero no tardó en comprobar su error.

El ascensor redujo su velocidad gradualmente hasta detenerse. Estaba débilmente iluminado, pero de pronto quedó a obscuras.

Así permanecieron durante un par de minutos, tiempo que se les hizo interminable y durante el cual las conjeturas que establecieron no fueron otra cosa que vanas especulaciones sin fundamento alguno. Después, cuando menos lo esperaban, la pared del ascensor se deslizó a un lado.

El brusco ramalazo de luz les dañó los ojos. Cuando sus pupilas se hubieron acostumbrado a la claridad, salieron fuera.

Sharyk examinó el lugar en que se hallaban, con el ceño fruncido. Era una especie de mazmorra de techo en cúpula, semiesférico, partida en dos por una fuerte reja de acero.

A sus espaldas se cerró el ascensor. Sharyk se volvió rápidamente al oír el chasquido de la puerta, pero era ya tarde.

Se mordió los labios.

—¡Ese granuja nos ha atrapado bien! —masculló.

—¿No hay ningún medio de salir de aquí, Wrouw? — preguntó Brondar.

El soldado meneó la cabeza.

—Sí lo hay — repuso—, lo desconozco.

—Supongo que ese forajido no pretenderá tenernos aquí indefinidamente — exclamó Sharyk. Se volvió para hablar con Vayra, pero no se atrevió a decirle nada.

La muchacha estaba en pie, apoyada de espaldas contra la pared, con los ojos en el infinito, como si hubiera perdido la razón. Pero sus mejillas continuaban siendo bañadas por las lágrimas.

Sharyk dijo algo feo entre dientes. Caminando, se acercó a la reja, cogiendo sendos barrotes con ambas manos y sacudiéndolos fuertemente. No logró el menor resultado positivo.

De pronto, su vista se fijó en una discontinuidad del muro que había al otro lado del enrejado.

—¡Wrouw! —exclamó—. ¿Es aquello una puerta?

—Parece que sí, Majestad.

—Bien, lo comprobaremos. ¡Brondar! ¡Las pistolas!

—¿Aquí? ¿En este espacio tan reducido?

Sharyk arrojó una mirada en torno suyo, frunciendo el ceño.

—Hay —dijo — unos quince metros de la reja a la pared. Si queremos llegar al otro lado, no tenemos otro remedio que arriesgarnos.

—Muy bien —dijo Brondar—. Nos echaremos al suelo y...

—Cubre con tu cuerpo a Vayra; yo dispararé mientras. ¡Aprisa — les urgió—; no tenemos un segundo que perder!

Brondar hizo lo que le decía el joven, haciendo que Vayra se tumbase en el suelo y colocándose él delante. La muchacha obedeció pasivamente, en tanto que Wrouw hacía lo propio.

Sharyk se echó de bruces al suelo, muy junto a la pared, apuntando de costado al pie de la reja. Apretó el gatillo y al instante una ensordecedora explosión conmovió el recinto.

El joven sintió en el rostro la cálida bocanada de aire empujada por la onda explosiva. Una nube de humo y polvo se elevó en el ambiente y cuando ésta se hubo despejado, miró hacia el lugar del impacto para calibrar los efectos del mismo.

Frunció el ceño.

Los materiales de que estaba fabricada la reja debían de ser de alta resistencia, porque apenas si un par de barrotes, estaban doblados, en tanto que en el suelo se veía un pequeño hoyo de menos de un metro de diámetro por quince o veinte centímetros de profundidad. En conjunto, el boquete abierto era insuficiente para que por él pudiera pasar una persona.

—Bueno—se dijo—, tendremos que repetir el disparo — y levantó de nuevo la pistola.

Su dedo índice empezó a oprimir el gatillo. Pero no pudo concluir el movimiento.

En aquel momento la puertecita que había al otro lado de la reja se abrió.

Sharyk se puso en pie y un segundo más tarde se felicitaba de no haber abierto la brecha, porque, uno tras otro, una larga hilera de tigres bicéfalos empezaron a salir hasta llenar por completo la otra mitad de la ergástula. Sharyk calculó su número en no inferior a la docena.

Se puso en pie, desalentado. Sus compañeros le imitaron. Con el rabillo del ojo vio que Vayra quedaba sentada en el suelo, con expresión de indiferencia, apoyada contra la pared.

Sacudió la cabeza.

—¿Qué podemos hacer, Brondar?

—Mal asunto, Sharyk — contestó el coronel—. Podemos liquidar a estos

tigres, esto es evidente, pero no estamos seguros de que no haya más al otro lado.

—Lo cual quiere decir que estamos en manos de ese granuja de Kelfax, ¿verdad?

—Así lo parece — musitó Brondar con sombrío acento.

Súbitamente la reja empezó a ascender.

—¿Eh? ¿Qué es esto?

Las manos de los tres hombres oprimieron nerviosamente las culatas de sus pistolas. Los tigres olisquearon la carne que tenían al alcance de sus colmillos y se agitaron inquietos.

Pero el movimiento de ascenso de la reja se detuvo a unos cincuenta centímetros del suelo. Uno de los tigres, rugiendo de modo siniestro, pasó sus dos cabezas por debajo y se enfureció al ver que no conseguía cruzar al otro lado.

Una voz resonó entonces, hablando a través de un megáfono disimulado en el muro.

—Sharyk, te aconsejo que te rindas a discreción.

—Todavía nos quedan disparos para eliminar a todos tus tigres — gritó.

—Pero yo tengo un tiro en reserva, Sharyk. ¡Mira! ¡Mira hacia arriba!

Todos los ojos se elevaron hacia lo alto al oír las palabras de Kelfax. Una abertura se dejó ver y por ella empezó a descender algo que parecía una cesta, suspendida de una cuerda.

La cesta bajó hasta quedar a tres o cuatro metros de distancia del suelo.

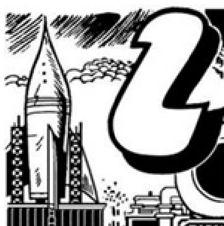
—¿Qué te parece mi cartucho de reserva, Sharyk? — rió Kelfax, y de pronto se escuchó un sonido que parecía completamente absurdo y fuera de lugar en aquel antro: el llanto de un niño.

Apenas se hubieron escuchado las quejas del niño, Vayra salió de su estupor.

Levantándose de un salto, corrió como una fiera, lívida, desmelenada, agarrándose con ambas manos a los barrotes de la reja, sin importarle poco ni mucho la cercana y peligrosa presencia de las fieras.

—¡Hijo! ¡Hijo mío!

CAPÍTULO X



A reacción de Sharyk fue tan instantánea como el gesto de Vayra.

Cogiéndola por el brazo, cuando todavía estaba ella gritando, la apartó lejos de la verja, justo en el momento en que un tigre le lanzaba un furioso zarpazo.

—¡Suéltame! ¡Déjame! ¡Es mi hijo! —repitió ella, frenética, los ojos fuera de sus órbitas.

Brondar y Wrouw abrieron la boca con un gesto unánime de estupefacción. También Sharyk estaba asombradísimo, pero los esfuerzos que hacía por impedir que Vayra volviera nuevamente a la reja le impedían demostrarlo.

—¡Estáte quieta! —gritó, sujetándola por los hombros y sacudiéndola fuertemente—. Nadie piensa en hacerle el menor daño.

—Te equivocas, Sharyk —dijo la voz de Kelfax—. Es una cosa que no me gusta hacer; pero si no te rindes echaré el crío a las fieras. ¡Tirad las armas!

Tres sordos golpes se oyeron al instante. Sin embargo, en aquellos momentos no era la suerte que podían correr lo que preocupaba al joven, sino el increíble hecho de que Vayra dijera que aquel niño fuese su hijo.

—¿Cómo es eso posible? ¡Tú nunca me dijiste nada! — le reprochó.

Ella le miró a través de los ojos preñados de lágrimas.

—Me fui de tu sistema antes de que yo misma lo supiera —dijo apagadamente.

—¡Eh, pareja! ¡Dejaos de arrumacos y contestadme! ¿Qué pensáis hacer? — insistió Kelfax.

—¡Cállate! —gritó el joven, furioso, volviendo a centrar de nuevo su atención en la muchacha—. Vayra, ¿por qué te fuiste?

De repente los nervios de la joven se rompieron. Sin poderse contener, apoyó su cabeza en el hombro de Sharyk y estalló en un llanto convulsivo, amarguísimo.

Sharyk trató de calmarla, lo que consiguió a poco.

—F... fui una traidora, Sharyk —dijo ella hipando—. Me llevé el medallón... pero no tenía otro remedio... Dhagón tenía... quizá los tenga aún prisioneros a mis padres... Les cortó un dedo a cada uno y me amenazó con cortarles más miembros de sus cuerpos... Créeme, no tuve otro remedio que obedecer.

—Eso está muy bien. Pero ¿por qué venir aquí, a Znad?

—Mi... nave se averió y fue capturada por unos piratas que me trajeron aquí... Creí que podía confiar en Kelfax...

—¿Y te retuvo prisionera?

—Sí.

—¿Durante todo este tiempo?

Ella asintió en silencio.

—¿Por qué? ¿Qué interés podía tener en guardarte aquí contra tu voluntad?

Vayra levantó orgullosamente la cabeza.

—La esposa del Emperador es siempre un rehén de la máxima importancia, Sharyk —dijo sencillamente.

Detrás de ellos alguien lanzó un rugido:

—¿Qué? ¿Estáis casados? — gritó Brondar.

Rodeando con su brazo los hombros de la joven, Sharyk se volvió sonriente hacia el coronel:

—¡Claro que sí! Nos casamos en secreto, por supuesto, a los quince días de conocernos. El nuestro fue un amor a simple vista; el flechazo, vamos, como dicen los terrestres. Por cierto, que el embajador de la Tierra fue nuestro único testigo, aparte del capellán de su Embajada, claro está.

Los dientes de Brondar chirriaron.

—¡Traidora! — escupió.

—¡Cuidado, Brondar! Hemos sido amigos y hemos corrido numerosas aventuras en el año que estuvimos buscando a Vayra, pero no te toleraré que la insultes, ¿me comprendes?

—Traicionó a Dhagón — masculló el coronel rabiosamente.

—¡No digas estupideces! —exclamó el joven—. No hay traición alguna sino en la imaginación de tu señor. Y en todo caso, si hay un traidor, es él, Dhagón, al querer apoderarse del medallón.

—Dhagón quiere ser independiente.

—¡Y yo no quiero! —dijo rotundamente el joven—. ¡Ni yo ni el Gran Consejo de los Sistemas permitirán jamás la independencia de los dhagonitas! Una cosa semejante disgregaría el imperio, con las consecuencias catastróficas que son de prever.

»Admito — siguió diciendo Sharyk — que haya descontento en Dhagonia, pero este es un estado de cosas con el cual me encontré al subir al trono imperial. Sin embargo, en cuanto regrese a la capital lo modificaré en el sentido más beneficioso para ambas partes. Pero independencia ¡jamás! No consentiré que Dhagón aproveche unos sentimientos para utilizarlos en provecho propio y convertirse en un Kelfax cualquiera.

—¡Eh, Emperador, que me estás insultando! — gritó el aludido desde su invisible punto de observación.

—La verdad no es nunca un insulto — contestó el joven, el cual acto continuo volvió a mirar a su esposa—. Vayra, ¿por qué no utilizaste el medallón?

—Lo guardaba como garantía de la vida de mis padres. Envié un mensaje secreto a Dhagón, sin indicarle el lugar en que me hallaba, diciéndole que en cuanto supiese que mis padres habían muerto pondría en funcionamiento el mecanismo del medallón.

—Pero tú no sabes manejarlo — objetó el joven.

Ella sonrió.

—Dhagón no lo sabía.

Sharyk se echó a reír.

—Una treta muy bien tramada —dijo. Luego se volvió hacia Brondar—. Ya sabes cuál es la respuesta que tienes que llevarle a tu señor. Que permanezca quieto donde y tal como está, y nadie intentará nada contra él. Pero de lo contrario...

Los ojos de Brondar arrojaban chispas.

—No lo conseguirás, Sharyk. Dhagón se levantará una y otra vez hasta conseguir sus propósitos.

—Con el medallón.

Sharyk se encogió de hombros.

—Puede ser, ¿por qué no?

—Pero — el pulgar de Brondar señaló hacia arriba—, todavía tienes mucho de que ocuparte. Mira tu hijo. En cualquier momento puede ser arrojado a las fieras y...

Sharyk levantó la voz deliberadamente, con objeto de ser oído por Kelfax.

—Ese saco de grasa se abstendrá muy bien de causarle el menor daño al niño. De lo contrario, lo estrangularé con mis propias manos.

—¡Estás en las mías! —rió aparatosamente Kelfax—. ¿Por qué prometes cosas que sabes no puedes cumplir? ¡Mira, Sharyk!

La cesta que contenía al niño bajó un par de palmos. Vayra gritó, asustadísima. Por su parte, Sharyk palideció al mismo tiempo que apretaba los puños.

—¡Sharyk! —grito el gordo—. Ríndete inmediatamente. De lo contrario, el chico irá a las fieras. Y vosotros inmediatamente después.

El joven miró a Brondar.

—Sería mejor que depusiéramos momentáneamente nuestras diferencias, Brondar.

Éste asintió, ceñudo.

—Ya ajustaremos cuentas más tarde. Ahora... ¡Las pistolas — levantó la voz—están ya en el suelo!

—Muy bien — contestó Kelfax—. Permaneced ahí y no os mováis hasta que os lo diga.

—¡El niño! —gritó Vayra—. ¡Que lo quite de ahí!

—Al momento — y la canasta empezó a subir, hasta desaparecer por la abertura circular.

Hubo un momento de tensa angustia en tanto ascendía la cesta, y cuando, al fin, hubo sido trasladada a lugar seguro, Vayra exhaló un suspiro.

—¡Gracias a Dios! — murmuró, y hubiera caído al suelo de no haber sido por los fuertes brazos del joven.

Sharyk comprendió la astucia de Kelfax: había retenido como rehén a Vayra hasta el nacimiento de su hijo, seguro de que, de esta forma, lograría una doble impunidad para sus depredaciones.

Los tigres se enfurecieron, agitándose de un lado para otro, defraudados al ver la presa que se les escapaba. Tres o cuatro de ellos, uniéndose en compacto grupo, elevaron el racimo de sus cabezas, rugiendo a lo alto, al negro orificio que se veía a ocho o diez metros por encima de ellos.

De pronto, ocurrió algo totalmente inesperado. Un hombre saltó por el agujero.

El cuerpo del individuo, acompañado por un agudísimo alarido de pavor, descendió velozmente. Seguramente se habría matado al estrellarse con las

duras losas del suelo, pero cayó encima de uno de los tigres, partiéndole el espinazo.

La fiera rugió atronadoramente y se arrastró por el suelo, con las patas traseras inutilizadas a consecuencia de la fractura de su espinazo. Dos o tres de sus congéneres, adivinando su debilidad física, se le arrojaron encima, acometiéndole a dentelladas y zarpazos.

El estruendo era ensordecedor. Pero por encima del feroz coro de rugidos se elevaban los gritos de pavor del individuo que había caído de lo alto, el cual, recuperándose en parte del golpe sufrido, se había quedado de rodillas.

Por unos momentos el resto de los tigres que no tomaban parte en la lucha se quedó quieto, gruñendo amenazadoramente en un círculo cuyo centro era Kelfax.

Vayra, horripilada, no pudo resistir la tensión de la escena y se volvió, tapándose los ojos con ambas manos. Sharyk le rodeó el hombro con los brazos, pero, fascinado, no pudo apartar la vista de lo que sucedía al otro lado de la ergástula.

Ocurrió todo tan rápido, pese a su aparente lentitud, que, cuando quisieron recordar que tenían las pistolas al alcance de la mano, era ya tarde.

Uno de los tigres lanzó el primer zarpazo. Kelfax aulló de dolor al sentirse las uñas en la carne.

Su grito y la vista y el olor de la sangre excitaron a los demás tigres. Un segundo más tarde Kelfax había desaparecido bajo una ululante masa amarilla y negra que se disputaba enconadamente sus despojos.

Todavía estaba desarrollándose la espeluznante escena cuando un rostro conocido asomó por el hueco.

—¡Todo listo, amigos! — gritó el individuo.

—¡Biardos! —gritó Sharyk.

—¡El chico está bien! ¡Aguardad un momento! En seguida iremos a por vosotros.

La reja volvió a descender hasta el suelo. Un segundo más tarde otro orificio enteramente igual al anterior se abría en aquella parte de la mazmorra.

Una escala de cuerda cayó, ondulando rápidamente. Wrouw tomó su final.

—Yo la sujetaré mientras suben.

Vayra fue la primera en hacerlo, seguida de Sharyk y Brondar. Los cuatro surgieron a un lugar espacioso, desnudo de todo mueble y alumbrado únicamente por una gran lámpara situada en el centro del techo. Una puerta, a cuyo otro lado se veía una escalera, daba acceso a aquella estancia, destinada

únicamente, según parecía, a la contemplación de los suplicios infligidos por Kelfax a quienes arrojaba a las fieras.

El otro agujero estaba unos metros más allá. Biardos se les aproximó, pero no estaba solo. Dos personas más le acompañaban.

—¡Sunzo! ¡Capitán Urmeson! — gritó el joven al reconocerlos.

El Secretario de Sistemas se inclinó delante del joven.

—¡Majestad!

—¿Cómo estáis aquí?

La mano del Secretario señaló hacia Biardos.

—Éste nos avisó —dijo—, y creo que nunca hemos llegado más a tiempo a un sitio.

—¿Y el niño? — gritó Vayra.

Sunzo sonrió.

—Biardos, acompaña a la Emperatriz. El heredero del trono está muy ocupado en estos momentos con su biberón.

Vayra no aguardó a más y corrió hacia la puerta, precedida por Biardos, quien la indicaba el camino. Allí quedaron los cuatro, mirándose especulativamente unos a otros.

—Podéis permanecer tranquilo, Majestad. Los soldados de Kelfax se entregaron sin lucha apenas les mencioné las gravísimas sanciones que podían caer sobre ellos. Yo creo que, a fin de cuentas, se alegraron de relevarse de una obediencia que a nada bueno podía conducirles.

Sharyk asintió pensativamente.

—Bueno —dijo—, creo que todo está ya terminado. Me parece que es hora ya de que vaya a ver a mi hijo, a quien todavía no conozco.

—Quedaréis muy orgulloso de él, Majestad — sonrió Sunzo—. No puede negarse la estirpe de la cual desciende. Será un Sharyk de pies a cabeza.

—¡Un momento! —dijo entonces alguien—. No demos por concluida una cosa que todavía está por empezar.

Sharyk, Sunzo y Urmeson se volvieron bruscamente.

Frente a ellos, con una pistola en la mano, encañonándoles con gesto inconfundible, estaba el coronel Brondar.

—¡El medallón, Sharyk! —dijo imperativamente, alargando la mano.

Urmeson hizo ademán de abalanzarse sobre el coronel.

—¡Quieto, Urmeson! — ordenó Sunzo, extendiendo el brazo.

—¿El medallón? —exclamó Sharyk—. ¿Para qué lo quieres, Brondar?

—En primer lugar, no soy Brondar, sino Dhagón —dijo el hombre a quien todos habían creído hasta entonces un coronel dhagonita—. Y en segundo, me vas a dar el medallón inmediatamente o dispararé contra los tres. No querrás — agregó Dhagón con una mueca feroz—dejar detrás de ti una viuda y un huérfano, ¿verdad?

—Lo has sabido hacer muy bien, Dhagón —dijo el joven sin inmutarse—. Pero no me has engañado ni un solo instante. Desde el primer momento conocí tu verdadera identidad, pese a las hábiles transformaciones de tu rostro.

Dhagón respingó.

—¿Cómo lo supiste, Sharyk?

Éste agitó una mano desdeñosamente.

—¡Bah! Se te notaba demasiado el anhelo de echar mano a Vayra. Una cosa es cumplir una misión por encomienda y otra es desempeñarla uno mismo. La pasión afloró demasiadas veces a tu rostro para que no advirtiese que tú no podías ser el que decías, sino el que eras, el que eres, en realidad.

—Está bien —mascculló Dhagón, muy ofendido, al parecer—. Lo mismo da. No me importa que te hayas estado burlando de mí un año entero. Ahora lo que quiero es el medallón.

—¿Para qué?

—¿Y tú me lo preguntas, Sharyk? —rió descarnadamente Dhagón—. Ya sabes de sobra para qué lo quiero: para deshacer de una vez para todas esa amenaza que pende sobre mí pueblo...

—Sobre tu pueblo, no; es mentira. Todo lo que has estado hablando acerca de la independencia de Dhagón es pura fábula, apta para engañar, cuando más, a una docena de incautos, como lo era Vayra antes de conocerme a mí. Estoy seguro — concluyó el joven — de que en una guerra no te seguirían ni medio centenar de guerreros.

—Lo veremos cuando tenga el medallón en mi poder. Kelfax ha dejado muchas riquezas. Pagaré mejor que nadie y tendré a mi disposición todos los científicos que desee. Entonces desentrañaré el misterio de las bombas de carbono y estableceré cinturones de ellas en torno al resto de los soles de Antares. ¡Yo — gritó Dhagón—seré entonces el emperador y nadie podrá resistir mi poderío!

Sharyk se dio cuenta de que las ansias de poder se le habían subido a la cabeza a Dhagón. Con lentos movimientos echó las manos hacia atrás y tomó la cadena que sujetaba el medallón.

—¡Cuidado! — gritó Dhagón—. ¡No lo toques si quieres vivir!

Sharyk detuvo su movimiento.

—¿Puedo estar seguro — inquirió — de que no dispararás contra mí una vez tengas el medallón en tu poder?

—¡Obedece! ¡No te queda otro remedio! ¡Si no me lo entregas voluntariamente lo arrancaré de tu cadáver! —rugió Dhagón.

Sharyk sonrió. Acabó de sacarse el collar y, sujetándolo con dos dedos, lo alargó hacia Dhagón.

—No lo sueltes. No lo dejes caer al suelo — le advirtió éste amenazadoramente—. Dispararía contra ti si lo hicieras.

Sharyk continuaba sonriendo.

Dhagón tomó la cadena. Instantáneamente una expresión de triunfo apareció en su rostro.

—¡Ahora el amo soy yo! — exclamó, pero de pronto sus facciones se demudaron y una gran palidez se extendió por su rostro.

Un extraño sonido, incongruente por lo absurdo e inesperado, acababa de oírse en la estancia.

Era una musiquilla alegre, fácil, pegadiza, causada por un instrumento muy pequeño y que no se divisaba por ninguna parte.

Dhagón retrocedió un paso. En sus ojos brillaba el ansia de matar.

—¡Una cajita de música! —exclamó, con voz enronquecida por el odio—. ¡Una miserable cajita de música... que me ha estado engañando durante todo este tiempo!

Los labios le temblaban a causa del furor que le devoraba todo el cuerpo.

Pero Sharyk continuaba sonriendo.

—¡Naturalmente! ¿Me crees a mí tan despiadado como para destruir todo el sistema planetario, sólo porque sus dirigentes fueran unos ambiciosos sin escrúpulos? La cadena de bombas de carbono existió en tiempos y la espoleta de telecomando también; pero todo ello fue inutilizado ya hace muchos años. Sin embargo, no sé creyó conveniente advertirte de la verdad; así te teníamos sujeto... y de esta manera, además, puedo agradecerte una esposa que me quiere y un hijo encantador.

—¡Eso es lo que tú crees! — aulló Dhagón, lívido de ira.

Levantó su mano y apretó el gatillo.

Pero su gesto fue menos rápido que el del, en apariencia, torpe capitán Urmeson. Éste, sin previo aviso, se arrojó contra las piernas de Dhagón.

Cayó en la guarida de los tigres. Se oyó un sordo choque contra el suelo y a continuación una serie de rugidos ensordecedores.

Alguien irrumpió casi en el acto en la estancia. Vayra, desolada, corrió hacia Sharyk, colgándose de su cuello.

—¿Te ha ocurrido algo?

—No— sonrió él, abrazándola estrechamente—. Por el contrario, todo ha terminado.

—Ven—dijo, tomándole de la mano—, quiero que conozcas a tu hijo.

Sharyk siguió a la joven.

Cuando llegaron a la estancia donde estaba el niño, lo vieron en brazos de Biardos. Éste le daba el biberón y levantó la cabeza, sonriéndoles.

—De pirata a niñera. ¡Vaya un cambio! Pero haré de él todo un hombre, Majestad.

—Eso espero — murmuró Sharyk volviéndose hacia Vayra.

Se inclinó sobre ella y la besó apasionadamente.



En la cara verde y roja del gigantesco ser se pintó una expresión de fría amenaza.

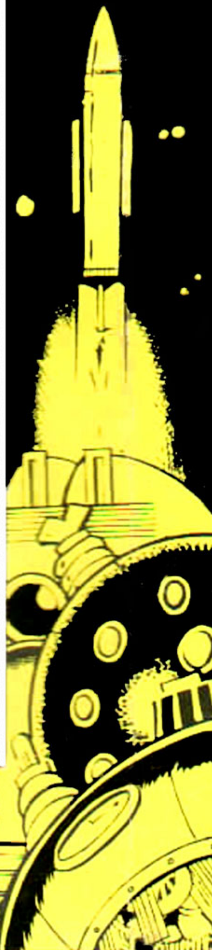
Sus largas uñas señalaron hacia el indefenso joven y grito con su voz desproporcionadamente aguda:

Tendré tu piel

El humano retrocedió un paso y sus cabellos se erizaron de espanto cuando «aquello» volvió a gritar:

Tendré tu piel

Aunque parezca imposible, esta novela supera en mucho todo lo que ha escrito el genial autor LAW SPACE.



Escena de LOS PUENTES DE TOKO-RI, de Paramount Pictures

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos